

EL SINIESTRO BARCO LEBU

“El Lebu pena en las aguas
de nuestro Puerto Mayor,
su destino eran los mares,
ha terminado en prisión”



PROYECTO REPLICA-MAQUETA CARCEL FLOTANTE.
TESTIMONIOS DE PORTEÑ@S, ENCARCELAD@S, TORTURAD@S Y
ASELINAD@S, DURANTE LA INSTALACIÓN DE LA DICTADURA MILITAR
EN VALPARAÍSO – FEBRERO 2021



1	Portada
3	Índice
4	Introducción
6	Proyecto Lebu – Entrevistas
11	Historia del barco Lebu
13	Testimonios de compañeras
16	Testimonios de compañeros
80	Canciones y Poemas
90	Álbum Fotográfico
95	Palabras Finales

índice



INTRODUCCION

Mucho se ha escrito sobre los acontecimientos que sucedieron luego del golpe militar iniciado en Valparaíso el 11 Septiembre 1973. Pero la historia de un barco llamado LEBU, anclado en la bahía porteña durante los primeros meses de dictadura jamás ha sido documentada en profundidad.

Miles de mujeres, hombres y jóvenes sufrieron las consecuencias de la brutal represión a manos de la Marina en ese siniestro barco mercante y hoy queremos entregar algunos de los testimonios, muchos de ellos escalofrantes y difíciles de creer, que han sido claramente confirmados y respaldados por organizaciones nacionales e internacionales.

Desgraciadamente, la anhelada y esperada justicia y reparación aún está por llegar para los pocos que todavía sobrevivimos de esos oscuros y sangrientos días y noches de terror que las Fuerzas Armadas desataron sobre el pueblo chileno y en particular, la Armada de Chile en Valparaíso y sus alrededores. Muchos han quedado en el camino – luchando incansablemente por llevar a la justicia a los culpables.

Son millares los testimonios de víctimas que experimentaron en carne viva la violencia y el odio de oficiales y clases de la aparentemente flemática marina chilena. Por antecedentes recogidos se puede concluir que por el buque Lebu debieron haber pasado unos mil detenidos, con permanencia variable de unos días hasta varios meses.

Para los porteños y porteñas, el barco “LEBU” simboliza – junto a otros recintos de la Armada de Chile, como por ejemplo el Cuartel Silva Palma, la Academia de Guerra, el Buen Pastor y el Buque Escuela Esmeralda – el horror de la prisión política y tortura realizada en contra de los chilenos y chilenas por la Marina acá en Valparaíso. Por otra parte este barco, de propiedad de la Compañía Sudamericana de Vapores en esa época, representa la unión cívico-militar que caracterizó a la dictadura instaurada en



nuestro país el 11 de septiembre de 1973. Hasta el día de hoy los cómplices civiles del golpe de Estado, activos y pasivos, siguen en total impunidad.

El propósito de este folleto/libro es recopilar la historia negra y poco conocida de este siniestro barco y el papel que jugó desde el Golpe militar de Septiembre hasta Diciembre de 1973.

Aquí hemos querido incluir testimonios, entrevistas, poemas, canciones y fotografías de las experiencias de mujeres y hombres de Valparaíso y su alrededor, que tuvieron el infortunio de ser torturados y secuestrados en sus bodegas por personal de la Armada de Chile.

En sus relatos los lectores se podrán dar cuenta que dentro de los horrendos momentos sufridos por los prisioneros/as hay pasajes divertidos y alegres que servían para levantar la moral y el ánimo de aquellos/as con menor resistencia. Algunos de los relatos también incluyen experiencias ocurridas en otros lugares de reclusión como Isla Riesco/Melinka (Colliguay),

Nuestros agradecimientos a cada uno de los ex prisioneros/as políticos y familiares que enviaron sus testimonios. Igualmente a las organizaciones que nos han apoyado para que este proyecto saliera adelante luego de un difícil comienzo.

Este proyecto fue iniciado tras una conversación sostenida entre 6 ex-presos políticos porteños: **Antonio Oyarzo, Luis Madariaga, Alvaro Vidal, Gilberto Hernández, Patricio Carrasco y Ricardo Aravena.**

Hoy queremos entregar este documento a la ciudadanía de Valparaíso – y a Chile y el mundo en general – como una prueba más de la sangrienta represión que las Fuerzas Armadas de Chile iniciaron en contra del pueblo chileno el día 11 de Septiembre de 1973.

Gilberto Hernández, Leeds, Inglaterra, Febrero 2021



Entrevista 1: Antonio Oyarzo

Para conocer más a fondo sobre el Proyecto de la Maqueta del Barco LEBU el comunicador social Guillermo Correa Camiroaga conversó con Antonio Oyarzo, gestor y productor de esta iniciativa llevada adelante por un grupo de compañeras y compañeros, la gran mayoría de ellos ex Presos y Presas Políticas.



Cabe hacer notar que la iniciativa de materializar este símbolo de la represión acá en Valparaíso, como lo es el barco LEBU, se enmarca dentro de un proyecto mayor, orientado a rescatar la historia de sobrevivencia y resistencia a la barbarie que las prisioneras y prisioneros políticos llevaron adelante, utilizando para ello diferentes manifestaciones y expresiones artísticas, en especial, en este caso, las que tienen que ver con la música, el teatro y el humor.

¿Antonio, Cómo surge la idea de realizar esta maqueta?

“Fue una idea que surge por ahí por julio, agosto, e incorporó a un grupo de voluntades, de personas que pasaron por diferentes lugares de prisión política y los voluntarios que estuvieron en el Lebu, los compañeros Gilberto Hernández, que está en Inglaterra, Ricardo Aravena y José Bonifaz, aunque muchos han estado aportando antecedentes y testimonios para sacar adelante este proyecto.”

¿Por qué se decide hacer una maqueta del buque Lebu?

“Es un aporte no solo para Valparaíso, sino para el resto del país, ya que así la gente podrá conocer mucho más del Lebu. La Compañía Sudamericana de Vapores en el momento del golpe de Estado facilitó tres unidades mercantes a la dictadura. Una fue la motonave “Andalién”, la segunda fue el “Maipo”, y el tercero fue el “Lebu”, que estaba en condiciones no operativas en el molo de Valparaíso, ya que había sufrido un incendio en sus calderas. Este barco fue utilizado de inmediato por la Marina chilena como cárcel flotante. Esa es la importancia que tiene. Ahí llegaron compañeras detenidas, en un número cercano a las 18, y alrededor de mil compañeros llegaron detenidos, incluyendo menores de edad y



adultos mayores. En ese lugar hubo mucha tortura, mucho simulacro de fusilamiento. Hay prisioneros y prisioneras que pasaron por allí, hijos y familiares de los detenidos, que están aportando testimonios que serán parte de este proyecto. Esa es la importancia que tiene el "LEBU".

¿Qué se hará con esta maqueta, una vez que esté terminada?

"Inicialmente se expondrá en la Ex Cárcel de Valparaíso, luego pretendemos hacer una muestra itinerante por distintos lugares, como el Ministerio de Cultura acá en Valparaíso, y luego un itinerario en distintos lugares de memoria como Villa Grimaldi, Londres 38, Museo de la Memoria, donde sea requerida."

¿Quiénes llevan adelante este proyecto?

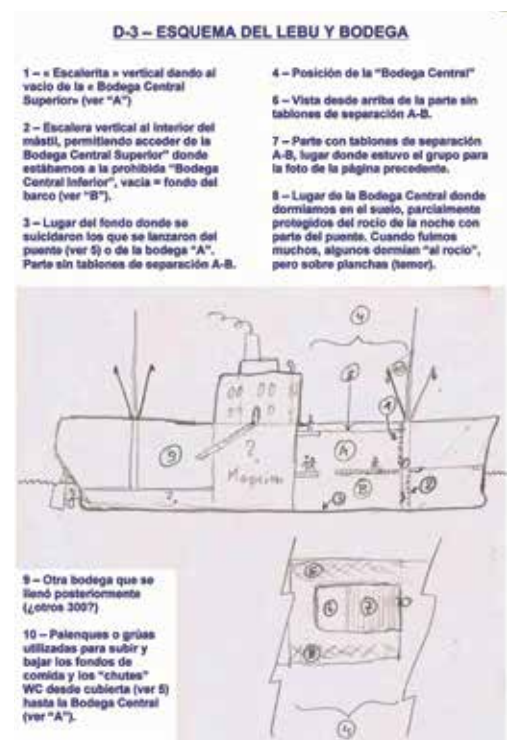
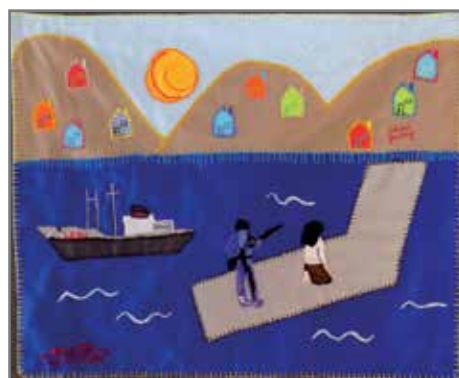
"Somos un pequeño grupo de voluntades, casi todos ex prisioneros y prisioneras políticas, y es un proyecto que va mucho más allá de la maqueta, ya que como estamos juntando relatos y testimonios, que están siendo recopilados por el compañero Gilberto, en Inglaterra, quien va a hacer una publicación. El equipo cercano y de intensa vida solidaria que ayuda a materializar esta idea está formado por: Gilberto Hernández, Ricardo Aravena, (los dos son ex prisioneros del barco Lebu), Luis Madariaga, Alvaro Vidal, Patricio Carrasco y Antonio Oyarzo (nosotros también somos ex PP, pero no estuvimos en el Lebu)".

¿Se complementara la maqueta del Lebu con estos testimonios?

"Claro, mediante pendones, afiches y otro tipo de material de difusión."

¿Esta maqueta del Lebu, tengo entendido que está inserta en un proyecto mayor?

"Claro, esto surgió como parte de un proyecto que busca rescatar la vida artística y la resiliencia que tuvimos los presos y presas políticas, en diferentes lugares de



Ideas iniciales tomados de arpilleras y dibujos que sirvieron para la construcción de la réplica

detención de la V Región, que fue una manera de sobrellevar la durísimas condiciones de prisión y tortura, un mecanismo de defensa para traer vida y alegría a estos lugares de detención oscuros y siniestros.

También tenemos compañeros músicos en Alemania que están creando una canción relacionada con el "Lebu". Este trabajo será mostrado el día 20 de febrero durante el Encuentro Nacional de los Ex Presos y Presas Políticas, que no sabemos si se podrá hacer en forma presencial o deberá ser virtual, por esto de la pandemia.

¿Me podrías detallar la forma en que se dará a conocer este proyecto a la Comunidad porteña?

"El 20 de febrero entregaremos tres trabajos a la comunidad, a la solidaridad y a la memoria histórica: a) Una réplica del LEBU b) Esta publicación que recopila testimonios, apuntes de prensa, fotos, etcétera, que se realizó en Inglaterra y c) Un Video que mostrará un resumen de un trabajo mayor relacionado a la confección, los aportes de material, las fotografías, etcétera. La entrega oficial tendrá lugar en un Acto Central en fecha no decidida todavía, esperando que la contingencia permita hacerlo en forma física desde la ex cárcel de Valparaíso."

¿Has podido visualizar, a medida que este proyecto avanza, la importancia simbólica que tiene el Lebu para los porteños y porteñas?

"Por supuesto, hoy ha quedado reforzada la idea de que el Lebu es un símbolo de la represión en Valparaíso. Con la maqueta, los testimonios, los videos, literatura al respecto, la gente podrá acceder a este conocimiento de un lugar tan simbólico como fue esta cárcel flotante. Todo este material estará a disposición de quien quiera tomarlo y por eso estamos

muy contentos y muy motivados en sacar adelante este proyecto."

¿Cómo lograrán financiar este proyecto de construcción de la maqueta?

"Es un proyecto totalmente auto gestionado y hemos iniciado una campaña para recolectar fondos que se llama "ayuda a construir la maqueta del Lebu", y la respuesta de los compañeros y compañeras ha sido muy positiva."



Ricardo Aravena, el artesano Mario Zamora y Antonio Oyarzo



¿Quién confeccionará la maqueta?

“Un Artesano muy conocido de Valparaíso, “El Puelche”, que se le conoce por los retablos del Puerto.”

¿Cómo te contactaste con él?

“Tengo un par de retablos de “El Puelche” en mi casa, este artesano cuyo nombre real es Mario Zamora, y pensé que él podría ser el indicado para llevar adelante este proyecto, entonces lo contacté y conversé sobre la maqueta que queríamos hacer y se interesó de inmediato. Un par de días después les llevamos algunos registros gráficos, imágenes, se compraron materiales y ahí comenzó a concretarse la confección de la maqueta.”

Entrevista 2: Mario Zamora Zamora



Mario Zamora, el artesano encargado de elaborar la réplica del Lebu iniciando su tarea.

En el lugar en que el artista popular porteño está realizando la maqueta entablé la siguiente conversación con él:

¿Qué le pareció la idea de hacer la maqueta del Lebu cuando se la planteó Antonio y qué lo motivó a asumir esta tarea?

“Yo me tiré al agua al tiro y me motivó el hecho de que hay mucha gente que sufrió en este barco. Los marinos hicieron sufrir a muchas personas. Todos hablaban en esa época del Lebu como un lugar donde llevaban presos a los compañeros.”

¿Desde cuándo se dedica a los trabajos de artesanía o arte popular?

“Los primeros retablos los hice para el local del Neco (Nelson Cabrera), por ahí por los años noventa y muchos exiliados que venían a Valparaíso querían llevarse retablos de recuerdo.”

¿De dónde viene este talento artístico?

“Yo de niño viví en un hogar o asilo de huerfanitos de los curas y ellos me pagaban los estudios y así seguí progresando y entré después a la Católica de Valparaíso a estudiar Diseño Gráfico y Arquitectónico. Esa es la base y me ha dado muchas satisfacciones en la vida.

¿Cómo nace el nombre artístico “Puelche”?

“Cuando estaba en la clandestinidad fui muy amigo de la familia de Aldo Francia y estuve viviendo en la casa de ellos, que tenía dos torres y que se cayó después con un terremoto. Allí llegaba mucha gente artista, del cine, también algunos abogados y un compadre, el Pancho Rozas, que tiene un estudio jurídico por aquí cerca, me dijo “tú te vas a llamar El Puelche, porque vas para todos lados, para allá, luego vuelves y te mueves para todos lados, como el viento”, me dijo. Ahí me quedé volando con “El Puelche” para todos lados. Incluso eso me sirvió, porque todos creían que ese era mi nombre verdadero y cuando los milicos me andaban buscando, preguntaban por ese nombre.”

¿Usted nació acá en Valparaíso, compañero?

“No, yo nací en Colliguay, para el lado de Los Perales y los curas de allá me trajeron como de 5 años a un hogar para que estudiara y así se desarrolló mi vida, siempre en el Puerto, porteño total.”

¿Su nombre real, cuál es?

“Mario Zamora Zamora, es el apellido de mi mamá.”

Guillermo Correa Camiroaga, Valparaíso 26 de diciembre 2020



HISTORIA DEL BUQUE MERCANTE LEBU

La Compañía SudAmericana de Vapores, que es conocida como la Línea Chilena en el resto del mundo de habla inglesa, estaba construyendo una flota moderna de barcos de carga con el vigor ganado en 93 años de experiencia.

La historia de la compañía se remonta a 1872 cuando se unen la Cía Nacional de Vapores y la Cía Chilena de Vapores.



Al comienzo de sus operaciones se concentró en el comercio costero en el sur de Chile y en los puertos ribereños del sur.

Por más de 40 años el único medio de comunicación entre las distantes regiones de Valdivia, Llanquihue y Chiloé y el resto del país eran los barcos de la Línea Chilena. Estos barcos comenzaron a viajar al extranjero en 1873 con destino a Perú y Ecuador y más tarde a Panamá.

El cargamento de la Línea Chilena fué llevado a través del Istmo de Panama para re-embarcarlo en barcos Británicos y Alemanes con destino a Europa.

Cuando el Canal de Panamá se inauguró en 1914 el barco de la compañía naviera LIMARI fue la primera unidad chilena en cruzar este istmo. Con el Canal abierto la línea extendió sus servicios a Colón y en 1920 a Nueva York. La Línea Chilena hizo sus primeros viajes a Europa en 1921.

Otros barcos de la línea incluyeron el LEBU y el ANDALIEN de 10,672 d.w.t cada uno, construídos en Francia en 1955. Estos dos continuaron activos en el tránsito a Europa junto con los charters NORDHOLM de 8,650 tons y el NORDGLINT de 8,675 tons.

(Traducido de: <https://portarchive.com/1966/03-March%20Page%201%20to%2020.pdf>)



El LEBU estuvo en el Puerto de Valparaíso, en el molo de abrigo. Según testimonios, este reemplazó al Maipo como barco prisión, después que zarpó a Pisagua el 15 de septiembre de 1973. Las detenciones se concentraron en el año 1973.

La mayoría de los detenidos fueron trasladados desde otros recintos de la región, donde habían sido ya interrogados y torturados, especialmente desde la Academia Naval de Guerra, el Cuartel Silva Palma, el Buque Escuela Esmeralda (anclado al lado del Lebu) y la Base Aeronaval El Belloto. Otros fueron detenidos y llevados directamente al buque.

Quienes declararon señalan que a su ingreso, los detenidos eran recibidos con golpizas; muchas veces eran tirados al suelo, y sobre ellos caminaban, saltaban y los pateaban los marinos de guardia; otras veces eran forzados a caminar con los ojos vendados por el borde del buque; hay testimonios de personas que fueron tiradas al agua y luego sacadas con red o cordel.

El Lebu era un buque de carga con cuatro bodegas. Según testimonios las bodegas 2 y 3 fueron utilizadas para mantener a los detenidos. En algún momento en cada bodega hubo hasta 200 personas prisioneras. Tenían sólo dos tarros a modo de baño y no había agua.

En los diversos camarotes del buque había colchonetas y algunas frazadas de lana. Sin embargo, era insuficiente para la gran cantidad de prisioneros. Las mujeres eran mantenidas separadas de los hombres. Los detenidos podían salir una o dos veces al día al puente, en grupos, para asearse.

Según los ex prisioneros, fueron maltratados, amenazados y golpeados en forma constante. La gran mayoría permaneció en sus bodegas malolientes y sucias con excremento, incomunicados, hacinados, con carencia de las condiciones mínimas de higiene, con restricciones de alimentos, agua y sueño. En la madrugada los subían en grupo a bañarse bajo un chorro de agua helada tirada con una manguera para incendios.

Los interrogatorios en el buque se realizaron en oficinas y camarotes ubicados en la cubierta. Los testimonios señalan que los presos eran mantenidos con los ojos vendados o encapuchados y amarrados, sufriendo golpizas, aplicación de corriente, además de simulacros de fusilamiento. Hubo testimonios importantes de vejación sexual a las mujeres.

Finalmente, desde aquí numerosos prisioneros fueron trasladados a alguna cárcel o a un campamento de prisioneros como Chacabuco y Colliguay.



TESTIMONIOS DE COMPAÑERAS

MARÍA CRISTINA FUENTEALBA

Durante mi permanencia en la m/n Lebu compartí camarote con Gioco (Gioconda Aguilera) y como ella cantaba muy bien, era un gran alivio poder acompañarla en su cantar. En el Buen Pastor, Gioco también cantaba y era muy bueno acompañarla y solicitarle temas que todas cantábamos.

Allí, empezamos a realizar actividades manuales de tejido, se enseñaba y se hacían prendas tejidas y también en algún momento se autorizó el ingreso de una máquina de coser y empezaron a aparecer los moldes, se hacía camisas de dormir, bikinis, que una compañera pintaba a mano.

Armamos cajas de galletas Morocha (que hasta hoy existen, pero en otro envase), también embalamos temperas, ambas actividades las realizábamos presas políticas y presas comunes, nos cancelaban según las caja terminadas. Esto era una actividad que las monjas entregaban a las reclusas.

Gioco, cantaba. María Antonia bailaba tip tap y algunos bailes tropicales, ambas nos entretenían con sus actuaciones. Zulema, preparó y enseñó a unas cuantas a bailar el poromponpero. Varios días ensayaron y finalmente lo presentaron. Resultó muy bueno.

Sé que otras compañeras prepararon actividades teatrales, yo no las presencié, se realizaron posterior a mi libertad.

Los días domingos se podía ir a misa, no era obligatorio. Varias participaban en el coro y los días domingos se presentaban asistiendo a la misa y cantando. Pero si era prácticamente obligatorio bailar. Las gendarmes ponían la música y las presas comunes y políticas bailábamos. No había otra opción, compartíamos el mismo espacio y esto de bailar era una tradición, imposible de modificar.

Recibíamos libros y esa era otra actividad que realizábamos. Algunas compañeras preparaban el almuerzo, otras hacían el aseo de los baños, que era algo en lo que todas nos turnábamos por realizar. Los turnos los organizaban las gendarmes.



A continuación algunos de los nombres que recuerdo de las compañeras porteñas que estuvieron encarceladas en el Lebu:

- MARIA ELIANA COMENE H.
- GIOCONDA AGUILERA INOSTROZA
- INGRID JAQUE
- TATIANA MUÑOZ CARVAJAL
- VILMA HIDALGO (Q.E.P.D.)
- ZORKA KOVACIC (Q.E.P.D.)
- ALICIA GIL (Q.E.P.D.)
- INELIA AVILA ((Q.E.P.D.)
- SILVIA MORRIS
- NORA GARCIA
- ROSA ZUÑIGA ANTON
- LINA SANHUEZA
- EMA STARK
- VALERIA VARAS
- ZULEMA MELIVILU
- SILVIA LILLO ROBLES
- VIVIANA POBLETE
- ANA MARIA JOPIA

KAREN VENEGAS INFANTE

Mi padre también estuvo en el Lebu, ya tenía como 57 años, trabajaba en el Servicio Nacional de Salud. Estaba en la administración del Hospital Salvador. Yo tenía 7 años el día del golpe. El era sólo un simpatizante del Partido Socialista y fué amigo de Allende. Fué muy duro para mi papá pero al final lo soltaron. Creo que estuvo cerca de 4 o 6 meses no recuerdo bien, solo sé que pasó un tiempo de cuando lo volví a ver y recuerdo que se comportó como un personaje de la película *“La vida es bella”*. Tengo que haber preguntado, y él contaba dándole otro enfoque, incluso riéndose de él mismo porque era pelado y decía que trataba de ponerse un pañuelo en la cabeza para afirmar su pelada por si lo descubrían y el se reía de eso. Obviamente cuando más grande supe lo mismo y que lo golpeaban pero igual nunca me contó nada.

Falleció de cáncer cuando yo tenía 15 años. Yo me pregunto: los que fueron mayores y vivieron todo esto cómo pueden tapar todos estos crímenes?

Y mas encima ser careeerrajaa... de justificar asesinatos... no logro entender.



MARÍA ELIANA COMENE

Maria Eliana, estudiante de castellano, había tenido el infortunio de haber sido detenida con ocasión de la retoma de la Universidad Católica en el puerto en los meses previos al golpe. Fue agredida por Carabineros al mando de un teniente de apellido Pérez, sin embargo, logró defenderse y golpear a sus agresores.

Obviamente jamás pensó que el devenir político le enfrentaría una vez más al sádico teniente, esta vez a bordo de la motonave Lebu. Pero así fue, en una oportunidad - relata María Eliana:

- "Me llevaron a un camarote que había sido habilitado como sala de interrogatorios y allí estaba este teniente que me comienza a manosear y a gritar diciendo: **¡defiéndete ahora, pos, huevona!**

Me corrió mano de una manera espantosa, fue más de una hora de sólo eso. Estaba vendada y humillada por lo que estaban haciendo, impotente ante lo que estaba pasando, ante los gritos espantosos que se escuchaban".

- "Cuando me trasladaron al Lebu estábamos separados de los compañeros quienes se encontraban en las bodegas. Nosotras estábamos en los camarotes y éramos tantas que no podíamos respirar, teníamos que dormir sentadas en el suelo.

Nos daban de comer una sola vez al día, a las 9 de la mañana. Eran unos porotos que hasta gusanos tenían, una vez que reclamamos nos dijeron burlándose que para qué nos quejábamos si nos daban 'carne'".

Pero la alimentación no era lo que más preocupaba a las prisioneras políticas, sino que el trato inhumano y cruel por parte de sus aprehensores, la mayoría jóvenes marinos.



TESTIMONIOS DE COMPAÑEROS

Testimonio de GILBERTO HERNÁNDEZ VERA, que aparece en el recuadro a la derecha en la fotografía, aparentemente la única que existe de este lugar, publicada por la Revista VEA luego de la visita que la Cruz Roja Internacional realizara el 9 de Octubre de 1973.



LA BODEGA del mercante "Lebu", donde estan ubicados los varones. Las mujeres se encuentran en camarotes y literas dispuestos especialmente para ellas.

A comienzos del 1973 encontré trabajo en el diario La Unión de Valparaíso, era reportero, tenía 27 años de edad, donde trabajé casi un año y al mismo tiempo era militante del Partido Socialista de Chile. El periódico apoyaba al gobierno del Presidente Allende, y el hecho de que yo fuera militante del Partido Socialista y que trabajara en ese periódico, fue crucial para lo que me pasó.

El día 11 de Septiembre de 1973 logré llegar al periódico, pero un ex profesor de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, que llegó uniformado en un Jeep de la Armada, nos comunicó a todo el resto del personal que había logrado llegar, que nos fuéramos a la casa y que no intentáramos sacar el diario porque desde ese momento estaba clausurado. (El Mercurio, sin embargo, siguió funcionando como de costumbre).

Luego de eso pasaron varios días y me entero que numerosos allanamientos habían ocurrido, entre ellos la sede del Partido Socialista, donde al parecer obtuvieron mi información, ya que después supe que estaba en una lista y que debía presentarme en la Intendencia (esto lo supe hace unos años después).

El día 9 de Octubre, como a las dos o tres de la mañana, llegaron Infantes de Marina a mi casa, en camionetas y jeeps. Mi padre – ex suboficial de la armada – abrió la puerta y uno de los militares le pidió que me despertara ya que me tenían que detener para un interrogatorio. Me obligaron a vestirme rápidamente, sacaron a la calle y me subieron a una camioneta en la que iban cuatro (aprox) Infantes de Marina fuertemente armados y con las caras pintadas como en una guerra, me pusieron una capucha. Después supe que me habían llevado al cuartel Silva Palma.

Cuando llegamos me hicieron bajar a empujones, culatazos, combos y patadas, todo acompañado de insultos, había más gente en ese lugar, nos hicieron hacer una fila entre los que estábamos ahí, luego tomarnos de los hombros para bajar las escaleras y mientras hacíamos eso, recibíamos golpes con la culata de los fusiles, pegaban patadas y combos e insultaban sólo a garabatos de grueso calibre.

Poco a poco me fuí dando cuenta de la gravedad de esta situación, las Fuerzas Armadas eran un estamento de confianza para mí, mi padre había sido uniformado, jamás pensé que se comportarían de esa manera, que yo sería objeto de tortura y humillaciones. Aquí comencé a sentir miedo por mi vida, me hicieron sentarme en el suelo contra una pared y en ese lugar se escuchaba como interrogaban y torturaban a otras personas, así pasé la noche, cada cierto tiempo nos obligaban a estar parados, para que no durmiéramos.

Al otro día, me toman del brazo y me llevan a una habitación, no había dormido y tampoco había ingerido alimentos o agua, estaba encapuchado, y comenzaron a interrogarme, me preguntaban el lugar en el que trabajaba, mi nombre, las primeras preguntas fueron realizadas de manera normal, pero de repente, todo cambió, empezaron a gritarme y a preguntarme por las armas, me dijeron que ellos sabían que yo había estado disparando en el centro de Valparaíso. Obviamente yo les dije que no sabía nada de armas y que nunca había manejado armas, al decir eso empezaron los primeros golpes, empezaron a pegar combos en el estómago, uno tras otro, usando el método del teléfono, un golpe al unísono con las palmas de las manos en los oídos, con lo que quedé medio aturdido y



medio sordo por un rato. Esa fué la primera sesión, me dijeron que hiciera memoria porque me iban a preguntar de nuevo y me sacaron del lugar, pasó aproximadamente una hora y volvieron a interrogarme, esta vez con más tortura y seguían interrogando con las mismas preguntas, entremedio de los golpes eléctricos los combos y patadas que iban y venían, aquí yo pensé que iba a morir. Durante el interrogatorio fuí amenazado de muerte, con armas en la cabeza, un interrogador se hacía el amable y me aconsejaba, pero luego cambiaba de actitud y volvía a golpear y aplicar mucha corriente.

Después de una larga sesión fuí trasladado a una sala común donde había más gente detenida, unas ochenta personas, todos hombres, y encontré a gente que yo conocía por haber sido reportero, había dirigentes sociales, funcionarios públicos, estudiantes y obreros. Aquí estuve detenido como tres días, donde por días fuí interrogado y humillado, sometido a brutales sesiones de tortura. De este cuartel me sacaron días después y me llevaron al buque mercante Lebu, que estaba anclado en el Molo.

En el buque Lebu, dormíamos en el interior de las bodegas donde habían puesto colchonetas y frazadas, algunos dormían en el suelo y pusieron tambores para que hiciéramos nuestras necesidades. La comida tenía lugar en la cubierta donde llegábamos subiendo una escalera y luego nos tiraban agua con mangueras para después volver abajo. Todo era con golpes y patadas, combos y culatazos cuando se les ocurría, cada instrucción era con golpes de culatazo, nos decían comunistas de mierda tienen que aprender a obedecer, era un verdadero campo de concentración flotante. Cuando nos dejaban salir a la cubierta, podía ver la Esmeralda que estaba al lado, también estaba el barco Maipo que llevaba prisioneros a Pisagua.

El día que la Cruz Roja Internacional visitó el barco, junto a periodistas de la Revista Vea, que reconocí desde el fondo de la bodega ya que habían trabajado conmigo en el Diario La Unión, tuvimos un día especial, con una comida de mejor calidad y un mejor trato por parte de los Infantes a pesar de que hicieron lo imposible por evitar que denunciáramos las torturas y el mal trato recibido a los integrantes de la Cruz Roja.

Con el ánimo de evitar la repetición dejo mi relato hasta aquí, ya que otros compañeros han agregado con más detalles las experiencias vividas en este abominable y siniestro barco.



RICARDO JORGE ARAVENA CERPA



Tenía 17 años y cuatro meses y era estudiante de la Escuela Industrial de Valparaíso, dirigente estudiantil y militante de la Juventud Socialista de Valparaíso cuando el 28 de Noviembre de 1973 mi domicilio en el sector puerto fue allanado donde fué detenido mi hermano mayor Juan.



Como no me encontraba en casa quedé invitado a presentarme en forma voluntaria a la Academia de Guerra Naval, lo cual hice al día siguiente quedando detenido en el mismo momento de presentarme.

Mis acusaciones fueron ser militante socialista infiltrado en el MIR, activista subversivo estudiantil e instructor de escuelas de guerrilla en Rancagua.

En la Academia de Guerra fueron tres días de intensos interrogatorios con todos los apremios de tortura posibles, corriente en partes vitales del cuerpo, parrilla, golpes de pies y puños, aparte de lo psicológico con amenazas de detener y hacer lo mismo con mis hermanos. Durante todo ese tiempo me mantuvieron encapuchado y muchas veces también atado de manos.

El 2 de diciembre fui trasladado al Lebu a la bodega 2 y recibido '*cordialmente*' con algunos culatazos y siempre encapuchado.

Estuve 17 u 18 días, no lo recuerdo bien. Allí viví angustiado y temeroso ya que nos habíamos enterado que otro buque, el Maipo, había hecho varios viajes al alta mar donde muchos compañeros habían sido lanzados al mar.



Me sacaron como en cuatro oportunidades a interrogatorios y careos al Cuartel Silva Palma, de vuelta en dos ocasiones me instaron a escapar por la escalera o que saltara al agua y así aplicar la Ley de Fuga. Con mucho temor y aterrado me niego y me dicen que actuara de informante de lo que pasaba en bodega.

Esto lo comenté con algunos compañeros que yo más confiaba y me tranquilizaron. Los nombres que recuerdo fueron Max Adendolfer y Kennet Papalli y me aconsejaron que les dijera que estábamos asustados y con miedo de lo que podían hacer con nuestras familias y que lo único que queríamos era salir en libertad.

Para pasar la angustia, temor y miedos hacíamos shows con payasos y música. Entre los participantes me recuerdo del negro Peirano, Víctor Candia y otros.

Recuerdo que en una ocasión – sin ponerse de acuerdo – a la hora de colación fuimos botando la comida en el tambor de la basura y por este hecho de rebeldía fuimos castigados a correr desnudos por la cancha, después nos mojaron y obligados a revolcarnos en la tierra y así nos encerraron hasta el día siguiente y castigados por quince días sin recibir las encomiendas que nos mandaban nuestras familias.

Antes de Navidad fuimos trasladados en un camión de los Infantes de Marina cerrado a Colliguay. Ibamos encapuchados y amarrados de manos atrás, sentados con las piernas abiertas uno detrás de otros. Ya en el campamento y de noche se hicieron sentir explosiones por todo el alrededor del campamento, era la bienvenida que le hacían a todos los grupos de prisioneros que llegaban, para que ni pensáramos en tratar de escapar.

Entretenciones en ese lugar eran Show de payasos, cantos, squash una vez a la semana y lo otro era fútbol además de trotar alrededor del patio o cancha.



GUILLERMO PULGAR SILVA

Extracto de su libro *"Cara y Sello de un Golpe de Estado"*,
Capítulo *"El LEBU – EL SHOW"*

Legamos al Lebu, barco de la Compañía Sudamericana de Vapores. atracado al molo de abrigo de Valparaíso y en reemplazo del S/S Maipo en las funciones de cárcel, gentilmente cedido a la Armada por **don Luis Gubler Escobar**, presidente de esa empresa naviera.

El recibimiento no fue de ninguna manera cordial y fuimos, al estilo de los filmes policiales, apoyados en un mamparo del barco con las piernas separadas para el correspondiente chequeo a fin de constatar que no llevábamos corbata, cinturón o algún cortante. Terminada esta operación nos mandaron a la bodega N° 2 a juntarnos con todos aquellos sindicados como delincuentes marxistas.

Allí vi muchas caras amigas, había transcurrido casi un mes del golpe y algunos de mis compañeros allendistas estaban desde el mismo 11 de septiembre en prisión. Su aspecto era deplorable; sucios, malolientes, barbones, famélicos y durmiendo sobre las planchas de acero de la bodega sin colchonetas ni frazadas, sólo una comida al día, si así pudiera llamársele a un plato de fideos fríos, apelmazados; lo más valioso era el pan y el trago de agua que lo acompañaban.

Había bancarios, médicos, abogados, alcaldes, hombres de radio, periodistas, funcionarios de la administración pública, profesores y un gran número de obreros. Gente que en su mayoría yo conocía y siempre los había visto impecables en presentación personal, ahora eran espantajos.

Me alegré mucho al constatar que varios compañeros que se daban por muertos estaban allí, a mal traer pero vivos.

El ánimo o el clima que se vivía en la bodega era muy malo, había mucho desánimo y agresividad entre la gente y la muestra mas palpable de ello se dio cuando dos profesores que se paseaban conversando animadamente tomados del brazo, empezaron a darse golpes para dirimir quién se quedaba con unas cáscaras de naranja que un marino botó al interior de la bodega. Costó separarlos y quienes llevábamos más tiempo en prisión nos reunimos para hacer algo que aliviara las tensiones.



Esteban Rodríguez, Gustavo Rojas (la Bestia), un muchacho de gran humor y bautizado así por medir casi dos metros y cargar con más de 100 kilos y yo, decidimos hacer una muestra de lo que cada uno era capaz de actuar en público, llamándolo presuntuosamente **SHOW**. Ello nos ayudaría a levantar la moral, combatir el alejamiento de nuestros hogares y vencer el miedo.

Formamos un trío con Rojas y Rodríguez "los Huasos Chancheros", imitación satírica de los Huasos Quincheros y cantábamos *El Patito* con 3 estribillos que cambiábamos cada día con las novedades ocurridas.

Aparecieron varios recitadores y algunos poetas con versos propios y para sorpresa de muchos, varios cantantes muy buenos.

Fijamos el debut para un día a las 20 horas; preguntamos al marino que oficiaba de capitán de la nave si habría algún inconveniente para ello – dijo que ninguno – y nos dió su visto bueno. A esa hora partimos con lo que sería un cambio radical en la convivencia nuestra en la bodega N° 2.

Partimos por explicar a todos que en el futuro cantaríamos a cada uno de los que llegaba, el siguiente estribillo:

"¡Aquí en el LEBU, todo el mundo se divierte, la comida es abundante para los simpatizantes que han venido a descansar. Pásalo bien!"

Y para la despedida, cantaríamos lo mismo pero al final diríamos:
"No vuelvas más".

Luego vino el patito y algunos de los estribillos que recuerdo:

" Al patito preguntaron quién lo había machucado"

" y él cantaba adolorido: unos son de la marina"

" otros son de la aviación, los cadetes militares"

Al Patito preguntaron como se había escapado para no ser detenido y el decía emocionado:

"Del Cerro Los Placeres, yo me pasé al Barón, me vine a Torpederas..."

A tanto llegó el apego al show que en una oportunidad que nos maltrataron en forma colectiva, decidimos mostrar nuestro malestar suspendiendo el acto por tres días, al segundo de ellos se acercó un marino y nos dijo : *" sigan con el show pues es lo único que nos entretiene, nosotros también estamos prisioneros, sólo que al otro lado"*.

Este sistema de alegrar nuestra permanencia en el LEBU terminó el 22 de diciembre, fecha en que fue desocupado el barco. Sin nuestra presencia, fue por ende liberado de sus funciones de cárcel; la nave de la Cía. Sudamericana de Vapores y su Directorio habían cumplido con el general Pinochet.



“EL GRINGO” WERNER SIMON LUTJENS

por su hijo Ulli Simon

El “Bote”, así le llamábamos los voluntarios al “Cuerpo de Voluntarios de los Botes Salvavidas” de Valparaíso. Yo, como hijo mayor de siete hermanos, tuve una relación y cercanía especial con mi padre. Fué uno de mis mejores amigos y compañero. Dónde el iba, me llevaba: al estadio a ver al Wanderers, a remar a la “Casa de Botes”, hasta un día por los años 60 llegar al “Bote Salvavidas”.



Como voluntario fué elegido Contramaestre, luego Piloto y prácticamente capitaneó el “Bote” los años 1972-1973 hasta el Golpe de Estado.

*Werner Simon Lütjens,
el “Gringo Werner”*

Y yo siempre a su lado: postulante, aspirante, voluntario.

Los viernes: Academia, día en donde se practica en el cuartel navegación, nudos, primeros auxilios, mantención de material, radio, etc. Los viernes también hacíamos prácticas en la bahía a lo largo de la costanera, por ejemplo “salto a la boya” o maniobras de atraque a barcos anclados en la rada de Valparaíso.

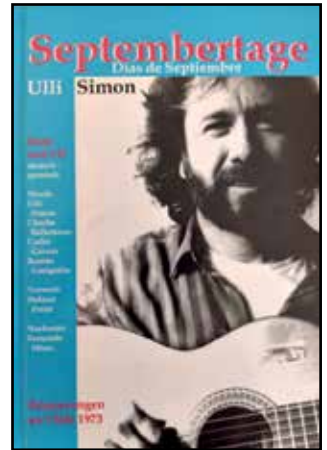
Uno de éstos barcos era el “Lebu”, que por problemas de motor estaba anclado en la bahía. Varias veces fuimos con el Bote “Capitán Christiansen” a tirarle bolsas con carne a los hambrientos perros que cuidaban el barco sin “guachimán”. Esas “salidas” con el “Bote” eran para nosotros, voluntarios, prácticas necesarias y bienvenidas.

Quién iba a pensar que aquél capitán del “Bote Salvavidas”, que traía comida a los perros guardianes del “Lebu” y que se aseguraba que la nave estuviese bien amarrada contra el fuerte viento norte y sus peligrosas olas, iba a ser un día su prisión, su infierno.

Después de una permanencia de 39 días a bordo del “Lebu”, Werner Simon Lütjens, el “Gringo Werner” salió con 3 costillas quebradas, la clavícula izquierda quebrada, ambos glúteos quemados e infectados con llagas profundas, dos simulacros de fusilamiento (uno en la Escuela Naval) y denigrado con una brutalidad y bajeza humana sin límites.



En mi libro autobiográfico bilingüe "Septembertage", ("Días de Septiembre"), incorporé el testimonio de nuestro padre que al llegar al exilio a Alemania escribió a pedido de Amnesty International. Es conmovedor como describe la solidaridad que recibió de los otros compañeros presos durante su tormento. Agradecido hasta las lágrimas de sus queridos "machucados del Lebu" como él decía.

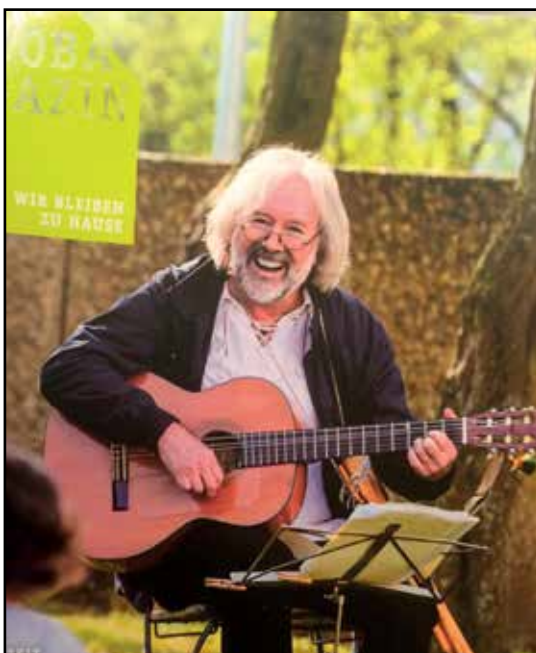


El día que llegó la Cruz Roja Internacional al Lebu "los extranjeros fueron llamados aparte y atendidos individualmente por la comisión. Cuando se fueron de inmediato se llevaron las camas que nos habían puesto".

"Era sólo para que los señores tuvieran una buena opinión acerca del internamiento de prisioneros. Pero sí que tenía una ventaja: **¡En el anochecer del dos de octubre recibimos la mitad de un pan!** Por la tarde se les ordenó a todos de subir por un momento a la cubierta ardiente. Recibimos la orden de no movernos, que al más pequeño movimiento dispararian.

"Después nos llamaron por orden de alfabeto, nos revisaron minuciosamente y nos echaron de nuevo a la bodega. Cuando me tocó a mi, el teniente que me revisaba me dijo que debía hacer el saludo alemán en los tiempos de Hitler y recién cuando lo había hecho (con un fuerte grito de "Heil Hitler" me dejó bajar".

En el prólogo a la publicación de Ulli Simon, el Pastor Luterano (R) Helmut Frenz, que



Ulli Simon

vivió y sobrevivió la experiencia, dice: " Al leer el conmovedor testimonio de Werner Simon sobre las torturas sufridas en el puerto de Valparaíso, estalla en mí un volcán de recuerdos. En el Comité de Derechos Humanos de las Iglesias habíamos sabido por medio de testigos lo inhumano y cruel que eran tratados los prisioneros y detenidos del Lebu. Un método simple de tortura consistía en exponer a los prisioneros en cubierta, con la parte superior del cuerpo desnudo, al pleno sol abrasador, hasta que la piel se quemaba provocando los dolores más grandes".

In Memoriam... tu hijo, el gringo chico Ulli Simon



HUMBERTO ARANCIBIA

Humberto Arancibia, (Alias El Tetera) presidente del sindicato de trabajadores de Enadi, ex Compañía de Gas de Valparaíso, pasó por numerosos centros de detención y tortura.



Luego de una interminable noche de tormentos Arancibia fue trasladado al buque Lebu. "Parecía un barco pirata -señala Humberto - con hombres hacinados en las bodegas del barco. Estaban barbones, algunos con el pelo cortado a cuchillo, con abrigos, frazadas, sucios y hambrientos. A veces nos tiraban pedazos de pan y lo compartíamos entre todos. Lo mismo hacíamos cuando, por milagro, aparecía una naranja. La comíamos entre seis, hasta la cáscara nos comíamos. Más adelante nos daban fideos, masas de fideos más bien. También porotos llenos de gorgojos. Cada comida era vigilada por marinos armados. No todos comían sí, había un compañero de apellido Villarroel a quién mantenían en una jaula desnudo y nunca le daban de comer.

Los marinos nos obligaban a levantarnos a las seis o siete de la mañana. Subíamos a la plataforma del buque y nos manguereaban desnudos en el frío de la mañana. Está claro que no teníamos dónde hacer nuestras necesidades y en algún momento, pusieron mitades de tambores de aceite - que llamaban 'chutes' - donde comenzamos a orinar y defecar".

En el Lebu se denigraba a la gente, se intentaba deshumanizar al supuesto enemigo, hombres y mujeres, sin importar la edad. También se interrogaba y torturaba. Los interrogatorios selectivos y más brutales se llevaban a efecto en la Academia de Guerra Naval. Allí fue llevado nuevamente Humberto. *"Me dijeron que me había reído de ellos la primera vez, me pusieron un paño en la boca y me tiraron contra la muralla y comenzaron a golpearme. Perdí la noción del tiempo, del espacio, pensé que me iban a matar. El estar ahí, aunque no te torturan era igual, porque se sentían gritos, golpes, lamentos desgarradores de gente que se moría."*

Siempre se estaba en un estado emocional tenso, sabías que después te iba a tocar a tí, ibas a pasar por el mismo proceso. No se tenía ninguna esperanza, no sabías si ibas a salir vivo. Eran varios los que se habían intentado suicidar lanzándose por alguna de las ventanas del cuarto piso de la Academia o golpeándose contra unos pilares que había en la sala grande".



Omar fue detenido a mediados de septiembre del año 1973, cuando era alumno del Liceo Eduardo de la Barra, relata lo siguiente:

(...) En la mañana nos sacan en el mismo camión y empiezan a dar vueltas por los cerros...sabíamos que íbamos para el lado del mar, pero no hacia adónde... nunca nos imaginamos que íbamos a llegar al molo... ahí nos hacen bajar y ahí viene lo pesado del secuestro, porque el cambio fue muy brutal... con bayonetazos, patadas nos hacen tirar al suelo, sobre el cemento.

Nos hacen subir al buque pegándonos culatazos, patadas, nosotros íbamos con las manos en la cabeza subiendo por el tablón hacia la cubierta del Lebu. Allí nos hicieron tirarnos al piso... después nos hacen pararnos a patadas, combos y culatazos y nos llevan hasta la orilla de una bodega que había... cuando me doy vuelta para bajar y afirmarme de la escalerilla me pegan en la mano derecha y me quiebran este dedo, me queda colgando y llena de sangre la mano que me pisaron... en el medio de la bodega había unos tambores de aceite partidos por la mitad, que eran los tachos para orinar y obrar.

En la noche nos acurrucamos sobre las latas para dormir, como perros, sobre la lata pura, el fierro puro... de repente llamaban a distintas personas para que subieran para tortura... la sed y el hambre empiezan a consumir y a desesperarte, eso fue por tres a cuatro días... nos hacen subir a comer después de estos días, en un tiesto metálico, era una sopa con unos porotos y unos bichos, eran como 5 o 6 porotos con gorgojos... nos hacían salir de noche, cosa que no se dieran cuenta que había un buque con gente arriba... en el día hacía calor y en la noche frío, eran los dos extremos en esa bodega. El hedor que salía de los tarros era muy fuerte... los subían y a veces nos hacían formar para soltar los excrementos y orina sobre nosotros... estuve 15 días allí."



FRANCISCO VELASCO NUÑEZ & FRANCISCO VELASCO MARTNER

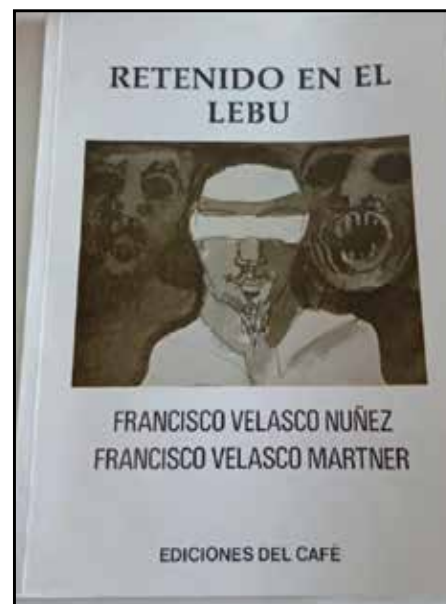
Padre e hijo escribieron el libro **"RETENIDO EN EL LEBU"**, presentando un fiel testimonio de una experiencia conmovedora. He aquí el **Preámbulo**:

"Los hechos que aquí se narran y las personas que aparecen son reales y verídicos. He tratado de ser lo más fiel en el relato, sin agregar ni quitar nada de lo sucedido; difícil misión la de ser objetivo e imparcial habiendo participado – como uno más – entre los muchos que cayeron bajo esta absurda persecución.

Si a veces parecen irreales y fantásticos es porque la realidad supera con creces toda ficción.

El buque **Lebu** existió, era de la Compañía Sud American de Vapores; se incendió poco antes del golpe militar de Septiembre de 1973 y permanecía atracado al molo. Fue transformado en barco-prisión cuando ya las cárceles y los centros clandestinos de reclusión estaban repletos y continuaban llegando miles y miles de ciudadanos "retenidos", para usar el lenguaje oficial. Cuando dejó de ser útil como prisión se vendió como "chatarra", ¡oh ironía! a la China comunista.

No pretendo dar una relación completa de todo lo sucedido durante mi permanencia en el fondo de las bodegas, sólo he anotado lo que mas profundamente quedó grabado en mi memoria y en mi corazón y los he querido anotar antes que el tiempo lo desdibuje, lo fragmente, lo desvanezca cada vez más y el olvido termine por borrar aún su memoria."



Dibujos de Francisco Velasco Martner.



FÉLIX MANUEL LABORDE ETCHEPAREBORDE

Profesor de Metalurgia y Ciencias de los Materiales de la Universidad Técnica Santa María de Valparaíso y de la Escuela de Oficiales de la Marina en Salinas, Viña del Mar, respecto de las torturas sufridas en el LEBU, relata lo siguiente:

“(…) A principios de Octubre me torturaron en el Lebu. Allí me aplastaron psicológicamente. Me desnudaron, me colgaron de las manos con un cordel que hacía daño. Me vendaron antes de entrar. Pies amarrados. Y vamos con patadas, combos y electricidad. Mucha electricidad. Logré ver a través de la venda. Eran al menos 4 marinos. Sin capucha, pintados, se reían mucho de mis gritos y espasmos. Electricidad en la lengua, en el ano, en los testículos. Ninguna pregunta. Solo cóctel de electricidad + risas + gritos histéricos (...)”

Durante mi estadía vi como un detenido se lanzó al fondo del barco. Lo sacamos inconsciente, mal amarrado con la grúa, como un trapo. ¿Cuántos no lograron soportar esas “bienvenidas” en los barcos Maipo, Lebu y Esmeralda?

Y las sesiones de tortura en la Academia de Guerra? No lo sé. Nos llegaban noticias por los detenidos que venían del barco Maipo y que habían pasado por la Esmeralda antes de llegar al Lebu. Así supimos del caso de un ex-cura del Cerro Los Placeres donde yo vivía, y que conocía de nombre: **Michael Woodward**. Supe después que murió de sus torturas.

Supimos también que luego de regresar de una sesión de tortura y no pudiendo soportar más, un prisionero se lanzó desde la cubierta hasta el fondo, logrando suicidarse. Se llamaba **Luis Sanguinetti**, funcionario de la Aduana.

El Testimonio completo del profesor Laborde se puede revisar en el siguiente sitio web: <http://puceart.free.fr/pluxml/data/medias/documents/solidarite/Ficha%20Valech-WOK%20LABORDE-2010-04-03-.pdf>



niciado el golpe fascista los esbirros percibieron que las cárceles disponibles eran insuficientes para encerrar a millares de patriotas, transformaron Chile en una cárcel gigantesca, así en Valparaíso habilitaron barcos/prisiones, la Esmeralda, Andalién, Maipo, Lebu, donde se cometieron bárbaras atrocidades las que la Armada de Chile y civiles derechistas como Ricardo Claro, quién facilitó las naves, han negado sistemáticamente por falta de coraje y dignidad siendo ejecutores del terrorismo de estado.

El 21 de septiembre del 73 una patrulla naval irrumpió mi hogar – en un despliegue inusitado – conmocionando a mi familia y al barrio tras mi *“prontuario”*, el haber sido encargado político del Comunal del PC del puerto, presidente de la Federación Nacional de Empleados Portuarios y en esos días Sub Director de la Empresa Portuaria de Chile.

Fui trasladado al molo de abrigo de Valparaíso, arrojado en el piso del muelle junto a decenas de hombres y mujeres, al tiempo que los infantes de marina robaban las pocas pertenencias que portábamos. Al subir al barco recibíamos una golpiza y bajo improperios nos enviaban al fondo de una de las bodegas descolgándonos por una escalerilla metálica. Allí decenas de prisioneros sucios y desarrapados iniciábamos nuestra estadía, recinto de sucio, mal oliente con residuos de carbón de su última carga. En las primeras semanas solo bebíamos agua de un balde que se bajaba a la bodega mediante una cuerda, dormíamos en el piso metálico y con los residuos de carboncillo improvisábamos una suerte de almohadas.

La llegada de presos incrementaba el hacinamiento, iniciaron la provisión de un plato de porotos con gorgojos y piedrecillas, en la mañana en cubierta ingeríamos velozmente de un tarro metálico café, lo que causaba continua quemazón de labios.

Cuatro tambores de 200 litros cortados por la mitad fueron provistos como tazas de baño, apoyábamos las nalgas en trozos de madera atravesados en el tambor, maderos que en las noches eran disputados como complementos de almohadas.



Prohibido afeitarse, un día se coló a la celda flotante un espejo que circuló entre los presos, nos sorprendía el volver a contemplarnos, luego de semanas con barbas a lo Robinson Crusoe.

A las 7.00 horas de cada mañana, luego de una intensa sesión de gimnasia subíamos a cubierta en grupos de 10, desnudos debíamos ducharnos bajo un descomunal chorro de agua fría proveniente de una manguera de incendio. Tratábamos de evitar el turno en que mientras recibías el agua te sorprendiera la ceremonia de *"honoros de pito"* que se realizaban en los barcos de la marina, *"honoros"* que debíamos imitar, lo mortificante era que el ritual consideraba la entonación del himno nacional el que debíamos cantar marcialmente, cuadrados y *"en pelota"*... bajo el chorro de agua, frente a los cerros de Valparaíso. En más de una oportunidad osamos entonar con más fuerza la estrofa del *"asilo contra la opresión"*, hasta que ello nos acarreó la sanción entonar decenas de veces la estrofa con su tono normal.

Los tarros que se usaban como tazas de baño se rebalsaban, el bamboleo de la nave derramaba el contenido al piso de la bodega haciendo insoportable la fetidez. Se nos concedió vaciar al mar los tachos debiendo improvisar la maniobra para elevarlos, nos proporcionaron una cuerda, se ató el primer un barril, abrimos un círculo mientras izaban la carga, un portuario me alertó: *"compañero esa güeá, se va a caer"* y ... la *"güeá"* se vino abajo como lluvia de mierda sobre nosotros mientras intentábamos esquivar el tacho. Un cuadro kafkiano entre las burlas de los guardias. Nos permitieron subir a cubierta, atar la única ropa que vestíamos a un cabo, enjuagarla en el mar y mojadas volver a vestirnos.

Aprendimos la maniobra de izar y cada mañana. Con un compañero de prisión, Sergio Morris, realizábamos la operación limpieza que nos permitía además salir del fondo de la bodega mirar el mar, el cielo, avistar a lo lejos nuestros hogares. Sometidos a tratos degradantes valorábamos las cosas simples y entendíamos que el objetivo del fascismo es anularte como ser humano y si reaccionas con la fuerza del pensamiento no lo logran y permaneces de pie.



Cada noche se efectuaban los interrogatorios, reclamados subíamos a cubierta, un guardia nos trasladaba con la vista vendada a un camarote, torso descubierto, descalzos y manos atadas a la espalda, se iniciaba el ablandamiento: *"esta gesta libertaria es contra el comunismo, todo es por la patria y como buenos ciudadanos deben colaborar"*. Me pidieron reflexionar sobre el impacto que tendría en mis hijas si en ese momento las dejaran verme en el penoso estado en que me encontraba. Me instan a colaborar e inician una batería de preguntas por el paradero de: *Guastavino, Cantero, Gaspar Díaz, Vuscovic; o ¿dónde están las armas descargadas en Talcahuano?, etc...* *¿No vas a colaborar...?* de improviso el interrogador grita: *¡profesor...!* y de una puerta vecina irrumpe el *"profesor"* iniciando una golpiza violenta centrándose en mi abdomen, caigo al piso, me levanta del cabello, continua golpeando, luego un sonido sordo y siento descargas eléctricas en los muslos, los párpados, los testículos, etc., más golpes y amenazas, pierdo la noción del tiempo mientras me exigen que no grite.

No supe cuánto tiempo sufrí el tratamiento, con vista vendada me alzaron, no logré ponerme los zapatos, la nave se bamboleaba en noche de mar agitado, al borde de la nave amenazan lanzarme al mar, me llevan a la boca de la bodega, mis restos de racionalidad me alertan el riesgo de bajar la escalerilla vertical descalzo, puedo resbalar y caer, me agarro como un simio descendiendo hasta el fondo en donde compañeros solícitos me reciben y fraternalmente me conceden el privilegio esa noche de dormir sobre un trozo de madera que servía de colchón, como se hacía con cada víctima de los interrogatorios.

En octubre la Cruz Roja Internacional visitó la cárcel flotante, la Armada proveyó de camas metálicas con colchones y frazadas a las bodegas del Lebu, esto duró una noche, al día siguiente de la visita se retiraron. Un integrante de la misión de nacionalidad belga escogió a tres prisioneros para entrevistarnos, con el francés que se nos enseñaba en el liceo, educación estatal gratuita, relaté la situación que vivíamos mostrándole las secuelas de la tortura en mi cuerpo mientras nos presionaba la presencia de un oficial de la Armada que se aproximaba cuando hablábamos, solicité al funcionario alejara al marino que retornaba una y otra vez, pero logramos que la Cruz Roja conociera la situación lo que se plasmó en informe sobre los atropellos de derechos humanos que sufríamos. Esa noche me trasladaron a la



Academia de Guerra donde volvieron a interrogarme, junto a Aníbal Vivaceta López, director del Liceo Eduardo de la Barra y Sergio Morris, hermano de Mario fusilado en Pisagua, .

Junto a un regidor socialista fuimos los últimos presos en la bodega 2 del Lebu, los detenidos eran evacuados a otros recintos, finalmente quedé solo en un extremo de la celda flotante, ví bajar a un Infante de Marina con la cara pintada y con su fusil terciado, se aproximó, pensé que era mi final, me observó detenidamente y volvió a subir, luego me trasladaron a la bodega 3 del barco. Al bajar Sergio Morris me dice, *"debes tener hambre"*, sacó un pañuelo de su camisa, desenvuelve y me brinda un banquete, un trocito de chocolate y un mendrugo pan privándose asimismo.

En el Lebu además de las vejaciones y torturas se llegó al crimen. A 46 años logro recordar que un dirigente comunista junto a cuatro campesinos fueron sacados de la bodega. En días posteriores, en el diario La Estrella, ejemplares atrasados que nos lanzaban a la bodega, figuraban como *"muertos en enfrentamiento"*.

Son millares las víctimas asesinadas en el país, a muchos conocimos o sabemos de su temple y señeros ejemplos, en esta reflexión puedo citar a algunos portuarios, los compañeros *Mario Calderón T., José Córdova C., Alberto Lizardi L.*, los dirigentes marítimos *Héctor Rojo A., Armando Jiménez M., Guillermo Álvarez C., Samuel Núñez G.*, vaya para todas las heroínas y héroes caídos, para los que sufrieron el terror del fascismo, nuestra expresión de respeto y reconocimiento.

Ivan Muñoz Rojas

Integrante Comisión Relaciones Internacionales del PCCH

Santiago 21 Septiembre 2019

Publicado en **piensaChile**, el 21 de Septiembre del 2019.



El buque Lebu, anclado en la bahía de Valparaíso tenía tres bodegas gigantes, cada una con más de 300 prisioneros políticos. La mayoría venía del Cuartel Silva Palma, el centro de torturas de la Infantería de Marina, uno de ellos era yo. Tenía 18 años.

Mi delito era ser partidario del gobierno de Salvador Allende y pintar murales en la brigada Ramona Parra. La acusación era gravísima, terrorismo, entrenamiento en la USSR y Cuba, armas, etc.

Nada era verdad. Yo nunca había salido de Chile, ni jamás cometí acto ilícito alguno, era buen alumno, sano, deportista y jamás manejé armas ni hice nada ilegal.

Pero allí estaba, con mi cuerpo roto de corriente eléctrica, patadas, puñetazos, culatazos, insultos, carne quemada y cortada.

En el buque se comía una vez al día, porotos con gorgojos fríos sin sal ni nada más, apenas agua, sin medicamentos ni mantas ni abogados, ni contactos o noticias de nada.

Con unos tambores rebalsados de vómitos, sangre, orina y excrementos a modo de baños. Entre mil hombres más, con miedo, incertidumbre, herido en cuerpo y alma.

Vi morir a tantos, quebrarse a tantos, desaparecer a tantos. El hedor era espantoso, las heridas se infectaban, el hambre no tenía fin. Fueron largos, eternos meses entre interrogatorios, golpes, amenazas, dolor, deseando morir. Luego vino un campo de concentración, después la relegación, huida y 31 años de exilio.

Perdí mis estudios, mi familia, mi vida. A cuento de qué recuerdo todo esto hoy?

Han pasado tantos años, hoy, ex presos políticos como yo se han tomado el instituto de derechos humanos en varias partes de Chile, las conversaciones con el gobierno están rotas, sin avances, la reparación es una miseria, la salud que nos dan es de indigentes mientras nuestros verdugos gozan de libertad o los que están condenados lo hacen en cárceles de lujo, como Punta Peuco, manteniendo sus grados con jubilaciones millonarias y nosotros abandonados y olvidados y vamos muriendo con secuelas, pobres, víctimas sin delitos, con el alma negra de recuerdos. No es justo, no es humano. Queremos reparación de verdad, el estado es culpable y el gobierno de turno es sordo e insensible.



HERNÁN GOICOVIC ECHAVARRÍA

por su hijo Igor

Mi padre, Hernán Goicovic Echavarría, fallecido en Los Vilos el 6 de diciembre de 2010, era militante del Partido Socialista y funcionario del Servicio de Impuestos Internos (SII), primero en Valparaíso y luego en Viña del Mar. Fue detenido en Villa Alemana (lugar donde residíamos), el 11 de septiembre de 1973.

Para esa fecha mi padre tenía 38 años. A partir de ese momento se inició su peregrinar por diferentes centros de detención: La Base Aeronaval de El Belloto, primero, la motonave Maipo después, para luego ser trasladado a la motonave Lebu y desde ahí al Buque Escuela Esmeralda, a la Academia de Guerra Naval, para terminar de “recalar” en la Cárcel Pública de Valparaíso, en octubre de ese mismo año. Fue procesado y condenado por la Fiscalía Naval de Valparaíso por infracción a la ley sobre control de armas y explosivos (N° 19047 de 1972) y salió de la prisión en noviembre de 1974.

Mientras permaneció detenido nuestra casa fue allanada en tres ocasiones por personal de la marina. Ya para esa época se hicieron populares en nuestra familia los nombres de Rafael Yussef y Guillermo Morera. En todas y cada una de esas ocasiones la justificación era la búsqueda de armas ya que, a juicio de los agentes de la represión, mi padre era un “terrorista peligroso”. La violencia con la que procedían durante esos allanamientos es difícil de olvidar; a mí, a lo menos, se me quedó marcada a fuego, en particular porque para el golpe tenía 12 años de edad.

No obstante, vimos con alivio (aunque parezca una paradoja), que fuera enviado a prisión. Había reaparecido y había reaparecido con vida; a diferencia de muchos compañeros y compañeras que tras ser detenidos eran brutalmente torturados, asesinados y sus cuerpos hechos desaparecer. A partir de diciembre de 1973 las visitas en la cárcel se regularizaron, tuvimos ocasión de verlo, de abrazarlo e incluso de jugar **“a la lucha libre”**.(*)

Pero una nueva situación de angustia e incertidumbre la vivimos cuando los medios de comunicación de la región anunciaron, en junio de 1974, que un grupo de presos políticos



se habían “amotinado” en la Cárcel Pública de Valparaíso. En la lista de los prisioneros sindicados como cabecillas del motín figuraba mi padre. Una vez más perdimos su rastro. Los gendarmes le informaron a mi madre (Julia Donoso), que los “amotinados” habían sido trasladados a la Academia de Guerra Naval y que no tenían más información al respecto. Afortunadamente, y para nuestra tranquilidad, este nuevo ciclo de desaparición fue más breve y al cabo de un par de semana regresó a la “tranquilidad” de la Cárcel de Valparaíso.

Una vez que salió de la prisión, en noviembre de 1974, mi familia se radicó en Los Vilos, una comuna generosa que desde un comienzo nos acogió y nos brindó su solidaridad. Mi padre instaló una oficina de contabilidades, que hasta el día de hoy funciona en dicha localidad, y desde ahí rehízo su vida.

Nunca renunció a su militancia política. Recuerdo perfectamente como llegaban “tíos” a nuestra casa de Los Vilos, que iban camino al norte, y nos dejaban el periódico Unidad y Lucha (otros dejaban El Siglo e incluso nos llegaba El Rebelde), el que luego mi papá distribuía entre compañeros de Los Vilos, Illapel y Salamanca.(**)

En los años '80 mi papá fue actor protagónico en el proceso de reorganización del Partido Socialista en la Provincia de Choapa y, no obstante ello, nunca se propuso o postuló para algún cargo público una vez restablecido el régimen democrático. Por el contrario, siempre tuvo una postura muy crítica respecto de los gobiernos de la Concertación.

Tuve la ocasión de crecer a su lado, de conocerlo y de quererlo muy profundamente. De hecho, su partida me dejó una sensación de pérdida que todavía resulta muy difícil de superar. Mi padre era un tipo alegre, sociable, “*amigo de sus amigos*”, extrovertido, un gran comunicador y pese a ello, nunca habló mucho de su paso por la prisión política y la tortura.

Nunca nos habló de sus dolores ni de sus temores. Lo que supimos, lo recogimos a partir del testimonio de otros compañeros que compartieron con él la prisión en los diferentes lugares por los cuales peregrinó. Supimos que fue brutalmente tratado, que vivió muchas experiencias de aislamiento y que presenció la tortura, maltrato y muerte de algunos de



sus compañeros. Pero que, de alguna manera, se consiguió un “tablero chino”, y en el ensimismamiento del juego espantaba los demonios de la tortura.

Siempre lo consideré un tipo admirable, ejemplar. No solo porque era mi padre y en cuanto tal tengo con él un compromiso genealógico o sanguíneo. Para mí, él encarnaba a toda una generación de militantes revolucionarios, que se habían comprometido tempranamente con el proyecto de cambio que representó el Frente de Acción Popular (FRAP), primero, y la Unidad popular (UP), después. Sus vidas estuvieron marcadas por el compromiso político y por la disposición de lucha.

La dictadura y toda su carga de brutalidad no los amilanaron, en consecuencia, no renunciaron a sus convicciones, ni a sus proyectos. Por el contrario, contribuyeron, con su ejemplo, a formar una nueva columna de cuadros revolucionarios, que enfrentaron a la dictadura y que luego transfirieron la herencia a las generaciones que hoy día saltan los torniquetes de la dominación.

(*) Entre 1971 y 1973 TVN emitió un programa muy popular en la época: **“Titanes del Ring”**, y pese a las recomendaciones de su conductor, Octavio Sufán, de no replicar las llaves de los luchadores, mi padre y yo nos enfrascábamos en memorables luchas cuerpo a cuerpo, donde pese a la envergadura de mi papá (media 1,83), yo siempre terminaba **“planchándolo”**.

(**) El periódico **Unidad y Lucha** fue publicado, en la clandestinidad, por el Partido Socialista de Chile, liderado por Clodomiro Almeyda Medina, entre 1975 y 1989.



Jorge “Gato” Escalante

El 3 de octubre del '73 allanaron el sector donde vivíamos en Playa

E Ancha con mi mujer, y no pudimos escapar. Llegaron los Infantes de marina al departamento.

Mi mujer dijo “hagámosle malta con huevo para tratar de sobarles el lomo”.

Pero uno de los infantes me reconoció **“usted era compañero del teniente Sami, ¿se acuerda ?”** Y yo dije **“aquí soné”**.



Me llevaron al cuartel de la marina, a una sesión de tortura larguísima. No sabían nada, preguntaban cosas obvias. A veces les decía que pararan y que iba a hablar. Después se daban cuenta de que mentía y seguían. Después me pasaron a la Academia de Guerra Naval en Playa Ancha. Ahí estuve alrededor de una semana.

Siguieron las sesiones de tortura y me cayeron estos cargos de la carga de dinamita, una reunión de la noche del 11 y la historia de Las Salinas del 5 de agosto. Además descubrieron la red clandestina que tenían los marinos para oponerse al Golpe y resistir. Eran como 100. Me quisieron vincular con esa historia, porque efectivamente esos marinos habían tenido reuniones con el Mapu, pero también con el MIR y con el Partido Socialista.

En la Academia de Guerra sufrí nuevas torturas. Nosotros habíamos leído cartillas sobre cómo enfrentar la tortura, sobre todo después del Golpe en Brasil en la década del '60. Pero eso era lectura, es otra historia cuando lo enfrentabas.

La tortura no solamente eran golpes, sino mucha electricidad. Todo esto desnudo y con la vista vendada. Te tomaban de los pies y te giraban para un lado y otros te tomaban de los brazos y te giraban para el otro lado y te cortaban la respiración. O te metían la cabeza en un tonel con agua. O te amarraban el pene con alambre y con el otro lado del alambre te amarraban las muñecas, entonces te ponían corriente de manera que tú al mover tus brazos te causabas heridas en el pene.

Y también tortura psicológica: **“que vamos a traer a tu mujer, la vamos a violar delante tuyo”**. Siempre traté de fingir que estaba mucho más mal porque yo no quería volver a la tortura. En la tortura nadie es héroe, porque el físico tiene un límite. El cuerpo te dice: tú no puedes resistir más, tienes que hablar. El punto es qué puedes decir. Yo di un par de nombres de gente que eran ayudistas del Mapu, que no mataban ni una mosca ni sabían



nada. Les pegaron tres o cuatro patadas en el culo y los soltaron. Después los encontré y les pedí disculpas. En la tortura todo el mundo habla, unos hablan más, otros menos.

La Esmeralda estuvo anclada en el molo de Valparaíso hasta el 20 de septiembre del '73. Y el buque Maipo partió el 14 de septiembre del 73 a Pisagua como con 300 prisioneros. El mismo 14 entró el buque Lebu a reemplazarlo como buque-prisión adonde me llevaron desde la Academia de Guerra Naval de Valparaíso.

En el Lebu estuve incomunicado en un camarote como una semana y media. Me acuerdo que mi preocupación era que no se me infectaran las heridas. Felizmente no ocurrió. Las condiciones de higiene eran deplorables. Como a las dos semanas me bajaron a la bodega y ahí había como 130 personas más o menos por bodega. Eran dos bodegas. Y ahí estuve hasta fines del '73, antes de la Navidad.

Allí organizamos un circo. El circo nació en la bodega 2 del Lebu por ahí por noviembre 73, antes que nos trasladaran a Melinka-Colliguay. Este circo, del cual fuí el presentador Sr Corales, lo organizamos entre unos 5 o 6, pero sólo recuerdo a Nelson Osorio, profesor de lingüística.

Llegó un día el Comandante Santa Cruz que tenía a su yerno preso, que era amigo mío. Y este viejo todos los días lo llamaba y le pasaba cartas de su mujer. Era un viejo súper buena onda. Él era un suboficial de los que llegan a oficiales por cursos especiales. Entonces el resto de los oficiales de infantería que habían en el Lebu le tenían mucha bronca porque decían que trataba más benevolentemente a los presos. Un día se nos ocurrió hablar con él para que nos dejara hacer un circo, para divertirnos un poco. El capitán Santacruz aceptó pero después lo castigaron y lo cambiaron.

Con payasos, con chistes, con cantores, humoristas, con disfraces. **Tesito y Sopita**, los tonis, estuvieron a cargo de Beltrán y Soza de Enami.

Me acuerdo ahora que el coro cantaba: ***"Aquí en el Lebu, todo el mundo se divierte, la comida es abundante para los simpatizantes que han venido a descansar"***, ironía pura.

Teníamos, por ejemplo, la canción del patito. Al patito le preguntaban qué cantaba en la Academia de Guerra y el patito decía: ***"ay, si supieras que te vi"***. Porque como nos interrogaban vendados, el patito le cantaba al torturador esa canción para hacerles creer que los habíamos visto.

Después nos sacaron y nos llevaron a Melinka y ahí estuve como hasta marzo del '74. El circo siguió después en Melinka y yo hacía de Señor Corales. Papali Wetlin también actuó en



el circo de Lebu y después en Melinka con unos monólogos.

En uno de los circos de Melinka-Colliguay a mi se me ocurrió cantar **La Carta de la Violeta: "Habrás visto insolencia, barbarie y alevosía de presentar el tabuco y matar a sangre fría. Los hambrientos piden pan plomo les da la milicia..."**

Al final del circo me mandaron incomunicado a una de las cabañas (mediaguas) que estaban vacías al fondo del patio. Me tuvieron una semana encerrado sin salir, solo me daban las comidas.

Al domingo siguiente, yo lo escuché, en la formación el suboficial que siempre pedía **"una corrida de chistes"** preguntó si habría circo, y la respuesta de alguien fue que no **"porque nos tienen encerrado al señor Corales"**.

Por la tarde, cuando ya estaban todos en el comedor antes de empezar la función, me soltaron y me puse mis atuendos. Recuerdo una especie de sombrero, una humita y un palo que no sé por qué lo tenía pero que servía de bastón para dirigir el circo y subí al barracón donde estaban todos. Para mí fue muy emocionante y se me salieron las lágrimas.

En la noche se escuchaban tiroteos y se gritaban: **"vienen los extremistas a rescatar a estos marxistas"**, pero nosotros sabíamos que era mentira. El único problema es cuando veíamos que se levantaba tierra en el horizonte. Ese era un camión que traía y se llevaba prisioneros.

Venía una lista, podía venir tu nombre, que te volvían a llevar a la Academia de Guerra, otros lugares. Se llamaba el camión de la caca. Le pusimos así porque cuando anunciaban que venía el camión todo el mundo se cagaba.

En el campo de concentración hacíamos el circo todos los domingos. Hacíamos además campeonatos de fútbol y ajedrez. Me acuerdo que pasamos Pascua y Año Nuevo ahí. Y la noche de Año Nuevo empezamos a cantar *La Internacional*. Empezaron de otra parte y empezó a aumentar y terminó todo el campo cantando. Y claro, empezaban los balazos al aire: **"¡ya cállense marxistas!"**. Igual la cantamos entera.

De ahí me sacaron a comienzos de abril al cuartel Silva Palma, y cuál sería mi sorpresa que al llegar allá reconocí la voz del capitán Santa Cruz. Él estaba recibiendo a los presos que venían del campo y me acuerdo que se acercó a mí y me dijo: **"Nació tu hijo. Todo está bien"**.



HUGO ARELLANO HERRERA

Hugo Arellano, ex regidor de Limache y conocido periodista de la región, (Director del Diario La Unión hasta el día del golpe) por mucho tiempo guardó con celo estos escritos, estas memorias de un año de torturas y que al final terminaron en la publicación **"Simulacro de Muerte"**, (Editorial La Cáfila, Abril 2005) una crónica de los centros de tortura del SIN V Región, incluyendo el Lebu, capítulo incluido aquí.

Luego de recorrer el camino interior de la provincia hasta llegar al puerto mismo, adivinamos nuestro destino al ingresar al Molo de abrigo, desde donde divisamos todo el colorido de nuestro primer puerto. El vehículo se detuvo frente al vapor mercante "Lebu", puesto a disposición de la Junta Militar por el presidente de Cía Sudamericana de Vapores, señor Luis GUBLER.



"¡AL ABORDAJE... MUCHACHOS!"

Vinieron las órdenes ya conocidas: – *"Bajarse, cuerpo a tierra, manos en la nuca, piernas abiertas"*. Vociferaban en medio del más surtido rosario de obscenidades, innecesarias de repetir, pues tenían similar génesis. El piso de cemento del Molo, ennegrecido por el petróleo y otras materias, estaba pegajoso y resbaladizo. Allí nos tendimos. No había compasión. Se aplicaban golpes de culata o patadas aún cumpliendo las órdenes:

– *"Las patas más abiertas!"* – vociferaba un energúmeno. Más de un centenar de nosotros en similares condiciones. El personal del barco-prisión no lograba aún la acomodación necesaria para los que habían arribado de madrugada. Debíamos esperar al sol, sintiendo en el cuerpo, como la piedra caliente empezaba a provocar quemaduras en la piel sin oportunidad alguna de obtener la mínima facilidad. Si más de uno se atrevió a hacerlo, recibió categórica respuesta: – *"Quémense huevones, a nosotros no nos interesa"*.

El tiempo ha perdido el sentido para nosotros. Puede tratarse de diez minutos o una hora, hasta que desde cubierta del Lebu se ordena: – *"Que empiecen a subir en grupos de veinte, todos manos en la nuca"*. Un "perro" efectúa el recuento de los veinte, mediante patadas en los tobillos, en los costados, donde cayera. Luego, pararse y subir. Lo hacemos por la bamboleante escala de babor. Es tarea difícil subir en estas condiciones,



siendo necesario extremar los cuidados, pues se corre peligro de caer al mar. En cubierta los funcionarios de estadísticas van chequeando a cada prisionero, luego el consabido cuerpo a tierra, sobre planchas de hierro candente. Quién hace presente esta situación, es deliberadamente aplastado sobre esa cubierta candente, que le provoca quemaduras. Cumplidos los trámites de rigor, correspondía la destinación con la misma pulcritud que son separadas las bestias para enviarlas al matadero.

– “Este lote a bodega N° 2, este otro lote a la 3, Y este lote a la cuatro”. Me corresponde en la bodega número dos. Avanzamos por el entrepuente junto a la torre de control de plumas y cabrestante de proa. Debíamos bajar por una escala de hierro, adosada a la muralla de hierro que desciende perpendicularmente. De fácil utilización para marinos, gente acostumbrada a este tipo de maniobras o personas en buen estado físico.

A nosotros se nos había arrebatado el rango de persona y semidestruído nuestro estado físico. Sin embargo aún teníamos capacidad de asombro. Al mirar instintivamente las entrañas de lo que sería nuestro sitio de reclusión, un estremecimiento de horror sacudió mi cuerpo y mi entendimiento.

Ahí abajo, al fondo de la bodega. centenares de cabezas, centenares de ojos, centenares de brazos agitándose como extraña marea humana, sucios, barbones, algunos rapados por la mitad de su caballera, otros con el pelo cortado a tijeretazos, vendajes inmundos, parches en la cabeza, ropas raídas, desgarradas. Un espectáculo dantesco.

Como definir las miradas de angustia, cómo llegar a comprender lo que se expresaba en su mudez infausta. Descendimos, aturdidos por el espectáculo. Un rumor, palabras ahora de escuchar: los prisioneros demandan “*pan, pan!*”. Todos esos compañeros que nos antecedieron sometidos al suplicio del hambre. Nos abrazaban, aparecían más y más rostros familiares. Una pregunta nos aturdió: – “¿*Traen un pedazo de pan?*”

Al final habíamos tenido mejor suerte, pues nuestros verdugos en El Belloto nos habían dado de comer y hasta regalado algunos panes para que los llevásemos, los cuales no nos fueron quitados en el registro de cubierta. Saqué dos panes de mi bolsillo: fueron



arrebatados por decenas de manos. El pan se repartía en pequeños trozos que iban a parar a la boca de los desesperados prisioneros. Los abrazos se sucedían. Los rostros desfilaban vertiginosamente. alguien sollozaba:

– *“Compañero, nos habían dicho que estaba muerto”*. – Me tocaban, no comprendían esa realidad. Me arrastraron hacia un costado de la bodega, saliendo de unos tablones a nuestros pies, ubicados en el centro de la bodega y que separaban de la sentina del barco. El hedor casi insoportable nos atacaba, producto lógico del hacinamiento de trescientas personas en un espacio ínfimo. Observé paralogizado como un grupo de niños buscaban de rodillas algo en el suelo. Eran las migas de pan pisoteadas que devoraban creyendo con ello obtener un paliativo para el hambre que les corroía. Todos los integrantes del grupo que veníamos de El Belloto hizo entrega de sus reservas de pan.

Para los chilenos, una situación de tamaño dramatismo era cosa propia de historias o novelas; ahora la realidad nos golpeaba con rigor. Ya no tendríamos que recurrir a nuestra imaginación para valorar el sufrimiento de los prisioneros o víctimas del fascismo. Lo estábamos sufriendo en carne propia, ante nuestros ojos estaba palpable la prueba de la infamia.

Los prisioneros allí amontonados querían saber algo, las últimas noticias, lo acontecido afuera. Saber de otras personas, indagar posibilidades, conocer nuestras experiencias, saber, saber, un ansia incontenida que se desbordaba a la llegada de un nuevo prisionero.

Un poco más calmado el ambiente, estudié la bodega. Nada de particular, un hoyo rectangular de dieciséis metros corriendo de popa a proa; catorce metros de babor a estribor, piso, casco, hierro circundándolo. Desde el casco hasta el centro de la bodega pasillos de cuatro metros de ancho; boca de seis metros que nos separaba de la sentina. La escala de hierro, la vía de la tortura o la libertad, con veintitrés peldaños que contaríamos día a día como entretención para vencer el tedio de nuestra permanencia.



En un cabezal de bodega, para ser más exacto hacia popa, seis “chutes” para las necesidades corporales de los prisioneros, allí residía la fetidez ambiental. Un pequeño balde de no más de cinco litros de capacidad, servía para bajarnos agua desde cubierta, utilizando para ello, nuestros esforzados carceleros, una soga. Agua que era racionada al libre albedrío de la guardia de turno.

Empecé a reconocer a los allí prisioneros: **Marcel Blanc**, catedrático de la Universidad de Chile en Valparaíso, se encontraba en Perú invitado por la Universidad de San Marcos, donde dictó numerosas charlas. Arribó a Pudahuel el nueve de septiembre: el trece fue detenido; **Jorge Baldrich**, Secretario General de la Universidad de Chile, detenido el diecisiete de septiembre; el doctor **Humberto Sotomayor Soruco**, Director del Hospital de Quilpué, eminente cirujano con participación en eventos internacionales; el doctor **Sergio Fischer**, destacado cardiólogo, dirigente sudamericano del Organismo Internacional dedicado a los estudios del corazón. Había participado junto al Dr Jorge Kaplán en los transplantes de corazón efectuados en el Hospital Naval. Diferencias enormes entre dos lumbreras de la medicina: Kaplán, golpista con sed de dinero; Fischer, un romántico de la profesión; el doctor **Mauricio Grossman**, director del Hospital Sanatorio de Valparaíso, experimentado facultativo especialista en enfermedades broncopulmonares de prestigio internacional. Haber trabajado durante el paro médico era su tremendo delito; **Sergio Román**, Ingeniero, subgerente de la Empresa Nacional de Minería; **Sergio Pulgar**, oficial de Marina Mercante, dirigente sindical del gremio; **Tulio Watson**, constructor civil, alcalde de la comuna de Villa Alemana; Jefes de servicio de Aduanas; **Reinaldo Narvaez**, Jefe de secciones de la Empresa Nacional de Minería; médicos brasileños, estudiantes y profesores argentinos y peruanos; egresados de derecho, profesores de Sociología, profesores de Matemática de la Universidad Santa María y Universidad Católica compartiendo prisión con sus alumnos; dirigentes y obreros de Cervecerías Unidas; trabajadores de Maestranza y Astillero Las Habas; personal de la Fábrica de Sederías de Viña del Mar, de la Empresa Nacional de Petróleo, de Concón; muchachos de quince y dieciséis años, pertenecientes al MIR, según sus captores.



Todos conversábamos ahora con mayor tranquilidad. Los prisioneros que nos antecedieron se encontraban allí desde el dieciséis de septiembre. La primera colación la habían logrado cuarenta y ocho horas después del arribo y consistió en un plato de porotos cocidos sin sal. Luego la dieta se había mantenido en las mismas condiciones, la cual era repartida a las 9.30 de la mañana. Ello había llevado a esta situación. Deshidratados, famélicos, resistían dentro de su propia capacidad la adversidad.

De allí entonces su permanente vigilia, mirando hacia cubierta, buscando traslucir en las miradas desesperadas la emoción embargante. No quisiera hacer distinguos, pues en el sufrimiento estábamos al mismo nivel, pero indudablemente una parte de los allí amontonados mantenía su talante, su dignidad, que no doblegaba ni el hambre, ni la sed, ni los insultos gratuitos de los energúmenos convertidos en guardias del saber y del pensamiento.

Empezamos a vivir una dimensionalidad diferente en nuestro drama: el calor sofocante sumado a la fetidez ambiental durante el día. Por la tarde, al ponerse el sol, el frío marinerero penetrando desde cubierta, frío adherido a las planchas de hierro que nos servían de pared. Ni una modesta frazada para taparnos, tiritando, abrazándonos unos a otros para brindarnos mutuamente un poco de calor.

Un amigo, Fernando Pereira, antes de partir de El Belloto en libertad, me dejó un grueso poncho negro de Castilla con el cual me defendía del frío. Pero en bodega habían jóvenes que estaban mas azotados que yo por el duro tratamiento. Uno de ellos, el hijo del diputado del Partido Radical, Mario Barahona, se acogió al calor del gran poncho permitiéndole soportar la dura prueba de inclemencia en bodega. Su padre había sido asimismo pensionado en nuestra bodega y puesto en libertad por no existir cargos en su persona. Los porteños recordarán a Mario Barahona, el Cristo crucificado de Los Placeres, adjetivación que se había ganado al paso de los años en cada recordación de Semana Santa. El personaje central era él representando a Jesucristo en el drama del Gólgota, recorriendo el barrio con la cruz sobre sus hombros, hasta llegar al momento de la crucifixión. Trabajó junto a mí en Radio Valparaíso y luego incursionó en política, siendo elegido diputado por la provincia de Valparaíso.



Las charlas y anécdotas, contándonos nuestras propias peripecias, eran un paliativo para el hambre, el frío, la sed. Hora tras hora veíamos aparecer sobre nuestras cabezas, en el borde superior de la bodega, rostros de guardias cubiertos con pasamontañas o caras embetunadas para evitar ser individualizados. Prisioneros seguían llegando a las extrañas de la nave con huellas visibles de quemaduras en el estómago y frente, producto esto, de horas mantenidos pegados a las planchas de hierro en cubierta. Tal era el estado de algunos, que habían optado por hacerles curaciones antes de enviarlos a la bodega.

Ahora nos era posible conocer más de cerca lo acontecido en Valparaíso. Desde el once de septiembre el Buque-Escuela Esmeralda había sido habilitado como barco-cárcel y centro de torturas, decisión adoptada por la Comandancia de la Armada. Nadie lo creía, hasta que el responsable fue removido del cargo.

En ese lugar había sido encerrado el Alcalde de Valparaíso, **Sergio Vuskovic**; el Superintendente de Aduanas, señor **Leopoldo Zudjevic**; el Regidor **Maximiliano Marholz**, ex suboficial de la Armada; el Regidor viñamarino **Ariel Tachi**; **Luis Vega**, abogado de la Intendencia de Valparaíso, quién había tenido a su cargo las denuncias formuladas por el gobierno contra los elementos fascistas de Patria y Libertad, autores de todo tipo de atentados en la zona quienes, ahora, vistiendo de uniforme naval. Allí padecieron encierro y torturas los funcionarios del Departamento de Investigaciones Aduaneras (DIA), con su jefe **Luis Sanguinetti**, diputado socialista **Armando Barrientos** y decenas de infortunados compañeros del Movimiento de Unidad Popular.

La crueldad de las torturas nos anonadaban. Los “perros” rivalizaban. Los prisioneros eran encerrados en camarotes con capacidad para doce personas. Desde allí eran sacados una y otra vez hasta la Cámara de Torturas, se les desnudaba, se les golpeaba salvajemente, se les aplicaba corriente en los órganos genitales hasta quemarlos. Luego al baño; nuevas palizas siendo colgados por ambos brazos hasta perder el conocimiento.



El Lebu era un buque de carga que transportaba carbón desde las minas de Lota-Schwager a la central Termoeléctrica de Ventanas. Poco antes del golpe de estado del 11 de septiembre de 1973 había sufrido un incendio que lo había inutilizado, fue remolcado a Valparaíso y atracado al molo de abrigo y ahí estaba esperando reparaciones.

La dueña del barco era la Compañía Sudamericana de Vapores, para ella esto significaba pérdidas económicas, pero con el golpe de estado la suerte de la Sudamericana cambió y un barco que aparentemente generaba pérdidas, pasa a ser arrendado muy lucrativamente a la *“gloriosa Armada de Chile”* que lo empieza a utilizar como una prisión flotante de la que era imposible de escapar. Oficialmente, y seguramente por razones de los seguros que ya estaba cobrando la Sudamericana, el Lebu habría sido requisado por la Armada y jamás hubo contrato alguno entre la Sudamericana y la Armada.

Cuando el Lebu sufre el incendio yo trabajaba como jefe de turnos en la Refinería electrolítica de la Fundición y Refinería de la Empresa Nacional de Minería (ENAMI) de Ventanas (*) y por eso estaba bien informado de este incidente en el cual participaron los equipos de emergencia de ENAMI.

Las dependencias del barco eran utilizadas las 24 horas del día como oficinas de la inteligencia naval y como centros de interrogación y tortura. Algunos camarotes fueron utilizados para albergar a las mujeres detenidas y, en otros casos, para prisioneros considerados peligrosos que la inteligencia naval decidía mantener aislados; en sus bodegas cientos de prisioneros permanecían hacinados en pésimas condiciones.

Mi llegada al barco Lebu

Yo vivía en Valparaíso en un edificio frente a la Caleta Portales con una idílica vista al mar y a la bahía de Valparaíso. Todos los días la furgoneta de ENAMI pasaba a buscar a los jefes de turno de Valparaíso y Viña del Mar y nos llevaba a nuestros puestos de trabajo en la



Refinería. El día 11 de septiembre subo a la furgoneta como de costumbre, pero antes de llegar a Viña del Mar ya no pudimos continuar nuestro viaje porque los infantes de marina que bloquean la calle ordenan al conductor devolverse a Valparaíso.

De vuelta a mi departamento trato de comunicarme con la dirección del Partido Socialista (PS), pero nada funcionaba, los teléfonos estaban cortados y la sede del PS tomada por infantes de marina; pasé por el Parque Italia, cerca de ahí estaba la sede del Partido Comunista (PC) a la que le habían volado la puerta con una bazuca y también estaba tomada por infantes de marina.

Poco a poco me voy enterando de las detenciones por la radio, de la muerte del presidente Salvador Allende. También me entero de que todos los miembros del PS de la Refinería habían sido detenidos o suspendidos de su trabajo. Entonces decido no ir a Ventanas y empezar a moverme en Valparaíso tratando de encontrar contactos, pero la Armada había actuado muy bien y toda la dirigencia de los partidos de la Unidad Popular (UP), estaban detenidos o habían huído, por lo que no había ningún tipo de resistencia.

Durante esos días pernocté en un departamento en el cerro Barón que estaba justo al frente del gasómetro en la Avenida Portales. Una noche, el 12 o 13 de septiembre, empieza un tiroteo y pienso que por fin hay una resistencia, pero nadie disparaba contra los infantes de marina que custodiaban esas dependencias, pero sí ellos disparaban en gran cantidad al aire y las ráfagas de las ametralladoras pasaban apenas por encima de los edificios; al principio entendí muy bien el hecho que todo esto era una farsa para amedrentar a la población civil, pero nada mas, muy pronto entendería la otra parte de la comedia.

Fue así que pasaron unos días y llegan los recolectores de la basura a mi edificio y en el contenedor de la basura encuentran, aparentemente abandonado, un fusil. Desafortunadamente para mí una persona que vivía conmigo, asustada, había botado en ese mismo contenedor mis discos del Quilapayún y de Ángel Parra, los que estaban marcados con el número de mi departamento.



Los recolectores avisan a la Armada de esta situación y muy pronto llega una patrulla de infantes de marina a detener “al francotirador”. Fui arrestado y conducido a la Universidad Técnica Federico Santa María que había sido convertida en un cuartel de la Armada para dirigir la represión del sector donde yo vivía.

El interrogatorio era para saber si había más francotiradores y donde estaban escondidos el resto de las armas, preguntas a las cuales no tenía ninguna respuesta; tampoco podía decirles que ahora me daba cuenta de la segunda parte de la farsa del ataque al gasómetro, que era convencer a la tropa de que estaban bajo ataque de avezados francotiradores. Efectivamente la tropa creía esto a pie juntillas, un energúmeno que me interrogaba a culatazos llamado el Malandra gritaba: *“así que vos soy el csdsm que anda atacando a nuestra gente!”* y realmente esta bestia estaba convencida de que había habido un ataque de francotiradores al gasómetro.

Dirigía el interrogatorio un oficial de la inteligencia naval que vestía de civil con un terno claro muy elegante; posteriormente una vez liberado, lo divisé siempre de terno claro, saliendo de un edificio de la Armada; era nada menos que un capitán de fragata.

Cuando se aburren de golpearme, llegan unos cadetes de la Escuela Naval que yo había visto merodeando por los cerros Barón y Placeres. Ellos andaban de civil y pretendían ser un simple grupo de jóvenes que paseaban por los cerros, pero su misión era otra, andaban a la búsqueda de nuestra gente y como no habían encontrado nada, se unen al Malandra para participar en el castigo del “francotirador”, ellos también estaban convencidos que había peligrosos francotiradores y que yo era uno de ellos.

Después de esta nueva sesión de golpes por parte de los cadetes, el oficial a cargo de la tortura e interrogatorio grita *“que se lave el hocico y llévenlo al Lebu”*. Me suben a una camioneta, siempre custodiado por el Malandra, quién me hace tender en el piso de la camioneta y me advierte: *“si levantas la cabeza te la quiebro de un culatazo”*. Partimos en dirección al Hospital van Buren para recoger a otro prisionero; llegamos al hospital y por alguna razón no estaba la presa que buscaban. Continuamos al molo donde estaba atracado el Lebu; ahí el Malandra me deja a cargo de otros infantes de marina que me advierten que



debo subir con mucho cuidado hacia la cubierta del barco, que por efecto de las olas se movía constantemente contra el molo, por lo que mi caída significaría una muerte segura atrapado en el mar entre el molo y el barco.

Subo la escalera con mucho cuidado, lentamente, llego a la cubierta del Lebu, allí me recibe otro infante de marina quien me indica que ahora debo bajar a la bodega por otra escalera vertical de unos 20 metros. Esta era la bodega número uno. Bajo cuidadosamente hacia la bodega, donde había más de un centenar de detenidos. Como era ya muy tarde en la noche, uno de ellos me indica que para dormir hay que tirarse en unas tablas; nadie hablaba con nadie y todos se mantenían muy cautos frente a un recién llegado.

En la madrugada, con la luz del día, me doy cuenta de que estoy prisionero en esta bodega fría y miserable, donde, para el más de un centenar de prisioneros sólo hay un tambor de 200 litros cortado en dos, una mitad contenía agua para beber y la otra mitad, no muy lejos, servía de letrina. Esta sería mi nueva morada, donde pasaría como dos meses.

Pronto empiezan a llegar más detenidos, así llega un grupo grande de ENAMI-Ventanas, donde venían mis compañeros de trabajo de la planta electrolítica y mis camaradas del PS de la seccional de Ventanas.

Las pepas de la manzana

Durante varios días no tuvimos ningún alimento, sólo agua. Hubo gente que el hambre los desesperó mucho, recuerdo un joven que cae en un ataque histérico gritando ¡tengo hambre!, un prisionero brasileño, que era sicólogo, lo coge en sus brazos y empieza a tranquilizarlo, lo cual logra; posteriormente bajan unos enfermeros de la Armada, hacen que todos los prisioneros nos alejemos excepto el brasileño, mientras que desde arriba nos apuntaban con fusiles ametralladoras, por si acaso a alguno se le ocurriera acercarse; el joven fue finalmente enviado al Hospital de la Armada en Playa Ancha.

Después de este incidente aparece en la cubierta un oficial con una caja de manzanas, nos ordenamos en fila india y cada prisionero recibió la manzana que nos lanzaba este oficial, que era el capitán a cargo del buque, a nadie se le cayó la manzana, todos las cogíamos



diestramente! y empezamos a devorarlas con inmenso gusto, eran grandes y rojas. Fue entonces que un compañero que era jefe del laboratorio químico de Enami-Ventanas nos aconseja comernos incluso las pepas pues tienen muchas vitaminas y sobre todo porque no sabíamos cuando iban a darnos algún tipo de alimento en el futuro, todos seguimos este consejo. Desde entonces me acostumbré a comerme las pepas de la manzana.

Una vez liberado me encontré en un bar de Viña del Mar con este capitán, intentó saludarme con una sonrisa amable, la cual ignoré. Al parecer, nunca se sintió cómodo con su situación de « capitán del buque prisión Lebu », de hecho cuando un prisionero le llama “capitán”, rápidamente gritaba, un tanto molesto y sorprendido que no lo era “no soy capitán”, pero estaba muy claro que era él quien mandaba en el buque y aunque era más humano que el resto, no le agradecí la deliciosa manzana que nos diera ese día. Siempre recuerdo a aquel ingeniero químico que nos aconsejó comernos las pepas de la manzana.

El allanamiento

En el Lebu había un teniente de reserva de la Infantería de Marina, llamado Guillermo Morera. Este sujeto era sicópata y un sádico; había sido estudiante en la U. Técnica Federico Santa María y miembro de Patria y Libertad. A Morera le encantaba hacer allanamientos a los prisioneros, que hacía personalmente; en ellos nos hacían subir a la cubierta del buque y nos mantenían sentados con las manos en la nuca esperando nuestro turno de ser allanados por este sicópata; buscaba armas ofensivas, pero obviamente nunca encontraba algo.

Un día, después de que ya habíamos bajado a la bodega, encuentra en la cubierta del buque un pequeño alambre. Morera estaba fuera de sí pues debido la ubicación del alambre no podía determinar quién era el dueño, entonces empieza a gritar y amenazar desde la cubierta qué, si no se presentaba el dueño “de tan peligrosa arma”, tomaría represalias feroces. Casualmente mientras yo estaba sentado en la cubierta del buque justo detrás del dueño del alambre, vi cuando se deshace del “peligroso artefacto”; entonces yo lo cojo y lo tiro muy atrás, lejos de la última fila de prisioneros donde yo estaba. Morera nos da un plazo perentorio para que se presente el dueño de esta arma “tan peligrosa”. El compañero dueño del alambre se acerca a mí, y me pregunta si lo vi tirar el alambre, estaba



muy nervioso y tenía intenciones de entregarse para evitar un castigo colectivo. Como ya conocíamos muy bien al sicópata Morera, lo tranquilizo y le digo que no haga tal, que yo había arrojado muy atrás en la cubierta el mentado alambre y por lo tanto Morera no podía ubicar al posible dueño. El castigo colectivo llegó, el sicópata nos mantuvo de pie por varias horas, hasta que se aburre y da por terminado el procedimiento.

Ya en el exilio en Inglaterra me encontré con el compañero *“dueño del alambre”*, era una excelente persona, recordamos con una mezcla de humor y pavor esos aciagos momentos en el Lebu.

El vaciado de la letrina

Para nuestras necesidades había en la bodega un tambor de capacidad de 200 litros cortado en dos, uno contenía agua potable y otro relativamente cerca era usado como letrina. Pasada una semana el tambor estaba lleno y había que subirlo a cubierta por medio de un teclé y vaciarlo al mar. Un día se escoge a un grupo de prisioneros para esta tarea y como ninguno tenía experiencia en este tipo de faenas, el tambor fue mal asegurado y al llegar al tope de la bodega cae estrepitosamente desde 20 metros de altura como una bomba de 100 kilos de orín y excrementos y explota en medio de la cubierta de la bodega rociando a todos los prisioneros y sus vestimentas.

Por supuesto que no había ninguna facilidad para lavarse, por lo tanto pasaron varios días y nuestras ropas se iban secando con esta cubierta de excrementos y orín, olíamos como sucios animales. Finalmente instalan en cubierta duchas y tambores de 200 litros esta vez cortados en forma transversal, para que sirvieran de artesas con el objeto de lavar nuestras ropas. En grupos de 5 prisioneros empezamos a ducharnos, el agua era helada, pero todos la encontramos deliciosa y esta vez incluso había champú, el olor nuestro apestaba y deseaban que nos laváramos bien.

Desde la cubierta podíamos apreciar nuestro bello Valparaíso y eso nos daba mucha nostalgia; muchos podíamos distinguir donde estaban nuestras casas; yo veía fácilmente la caleta Portales y el edificio donde estaba mi departamento.



Posteriormente se puso a cargo de esta faena un equipo de voluntarios con experiencia en este tipo de trabajo y afortunadamente este problema no se volvió a repetir. Este incidente fue uno de los más desagradables que me tocó vivir en el Lebu, comparable solo con los esclavos de las galeras que debían remar encadenados junto a sus excrementos.

El yugoeslavo

Poco después de mi llegada al Lebu me envían junto a un grupo de prisioneros para ser interrogados en la Academia de Guerra Naval; allí somos fotografiados sosteniendo un número de identificación de la Armada; coincidimos ahí con la llegada de un prisionero yugoeslavo que no paraba de insultar a los infantes de marina llamándoles cobardes y traidores; por supuesto que los infantes de marina se enfurecían ante los insultos de este soberbio yugoeslavo que a pesar de las fuertes golpizas, no se doblegaba. Cuando aparece el fotógrafo, que es un civil, el yugoeslavo las emprende en contra de él acusándole de ser otro cobarde y vendido. Cuando el fotógrafo le pasa el número de identificación, el yugoeslavo lo arroja violentamente al suelo y se hace pedazos; el fotógrafo reconstruye el número pacientemente sin reclamo alguno. Luego sucede una escena tragicómica: dos infantes de marina inmovilizan al yugoeslavo y un tercero se arrodilla delante de él, sosteniendo el preciado número de identificación de la Armada, sólo así lograron sacar la fotografía de este indómito yugoeslavo.

Según algunos prisioneros que lo conocían, el yugoeslavo había sido partisano durante la Segunda Guerra Mundial y era un entusiasta partidario del gobierno de la UP; ese era todo su delito, no militaba en ningún partido, pero estaba en todas las actividades del gobierno. Lo liberaron muy pronto y nunca más lo volví a ver.

Dos ingenieros

Quisiera referirme especialmente a dos profesionales de la Refinería Ventanas que se destacaron por su valentía e integridad para enfrentar la situación de violencia a la que se vieron enfrentados por parte de la Armada.

Manuel Torres era un ingeniero que ocupaba uno de los altos cargos en la Refinería a Fuego en Ventanas, miembro del Partido Socialista y un excelente profesional, había estado varios años en Cuba desempeñándose en la industria minera cubana; en sus lugares de



trabajo recibió muchas veces al entonces Ministro de Industrias de Cuba Ernesto Guevara de la Serna; en las paredes y escritorio de su oficina tenía desplegadas varias fotografías junto al famoso Ché Guevara.

Cuando la Armada asalta y se toma la Refinería de Ventanas el 11 de septiembre de 1973, la Inteligencia Naval concluye que Manuel Torres era un peligroso cuadro extremista entrenado nada menos que por el mismísimo Che Guevara; lo más selecto de la Inteligencia Naval había llegado a esa conclusión; no podían concebir que el ingeniero Torres era solo un profesional chileno que fué en ayuda de los cubanos para mejorar la industria minera de ese país, ¡no! tenía que ser, sin duda alguna, un agente de gran importancia y ahí estaban las fotos con el Ché Guevara para probarlo.

Esto le costó a Manuel Torres muchos malos tratos y salvajes torturas porque él no podía dar respuestas a las ridículas preguntas que le hacían, lo que, para la Inteligencia Naval, confirmaba que estaban ante un agente muy bien entrenado por el Che Guevara, que era capaz de resistir la tortura y no confesaba que estaba entrenando a gente ahora en Chile; él nos contaba acerca de sus interrogatorios y malos tratos con cierto humor negro. Nunca lograron quebrarlo.

Yo trabajé junto a él en mi pasada por la Refinería a Fuego y le conocía muy bien como compañero de trabajo, lo ví siempre preocupado de la buena marcha de la Refinería a Fuego y de la seguridad del personal. No era un cuadro militar ni nada por el estilo, pero la Inteligencia Naval había llegado a esa conclusión.

Cuando finalmente se dan cuenta que sus demenciales conclusiones eran muy erróneas, tras pasar largo tiempo en el Lebu, Torres es liberado sin cargo alguno.

Guillermo Román

El otro profesional que deseo mencionar es Guillermo Román, ingeniero civil de alto nivel ejecutivo en la dirección de la Refinería de Enami-Ventanas.

Guillermo Román era muy meticuloso en su trabajo, dedicado con mucho entusiasmo a mantener la buena marcha y gestión de la Refinería. Fue detenido y torturado en el Buque



Escuela Esmeralda (**), luego fue enviado en muy mal estado a Pisagua en el buque Maipo. Al llegar fue examinado por un médico militar, que determina que debido a su estado debía ser enviado al Hospital Regional de Antofagasta, lugar en que lo mantienen esposado a su lecho de enfermo. Finalmente es enviado al buque Lebu.

El gran "crimen" de Guillermo Román era apoyar al gobierno de Allende y ser un alto ejecutivo de la Refinería, la inteligencia Naval simplemente se ensañó con él por este hecho, estuvo un largo tiempo en el Lebu y otras prisiones terminando en la cárcel. Yo le conocía muy bien, pues muchas veces nos encontramos durante mi turno de la noche cuando él ejercía como ingeniero de guardia, como tal, era la máxima autoridad de la Refinería y debía visitar todas la secciones y verificar que todo estuviera marchando correctamente y otorgar ayuda para resolver cualquier problema que pudiera afectar a la producción; él como máxima autoridad tomaba las medidas necesarias.

Su entereza frente a los interrogatorios y las agresiones era para todos los del grupo de Enami-Ventanas un gran ejemplo, digno de una gran admiración y respeto; todos ayudabamos a su cuidado y un compañero se convirtió en su enfermero y protector, pues su salud llegó a estar muy delicada.

Finalmente cuando fue liberado sin ningún cargo, Guillermo Román había pasado por los tres barcos de la infamia: el Buque Escuela Esmeralda, el buque Maipo y el Lebu. A pesar del salvaje trato que le habían dado, nunca lograron quebrarlo.

Un chiste de Morera

Al sicópata de Guillermo Morera le encantaba hacer chistes de mal gusto a costa de los prisioneros. Un día él y su grupo de guardianes estaban disparando a algunos blancos en el mar como un ejercicio de tiro. Nosotros escuchábamos en el fondo de la bodega número uno este intenso tiroteo que duró relativamente corto tiempo.

Este ejercicio coincidió con un grupo de detenidos de La Calera que estaba en la cubierta y a quienes no se les permitió bajar a la bodega y el sicópata Morera grita hacia nosotros



con una gran sonrisa *“manden los bultos de los finados!”*. Con esto Morera quería hacernos creer que el grupo de La Calera había sido ejecutado en esos momentos. El chiste de Morera terminó siendo trágicamente cierto, pues el grupo de La Calera fue trasladado a la Escuela de Caballería de Quillota lugar donde posteriormente fueron ejecutados.

El tablero de ajedrez

Durante mi estadía en bodega uno, un prisionero logra construir con cartón un juego de ajedrez y muy pronto organiza un grupo para jugar y nos entreteníamos bastante. Algunos compañeros que querían aprender se unen y este ajedrecista logra conseguir más cartón y lápiz, con los que hace más juegos de ajedrez, todo esto lo hacia evadiendo los controles y allanamientos del sicópata Morera. El empieza a enseñar ajedrez a todos los interesados.

Era muy agradable ver como aprendían los compañeros que nunca habían tenido oportunidad de practicar este juego, muchos aprendieron aquí en el Lebu gracias a los esfuerzos de este entusiasta ajedrecista.

El juego del trompo

El juego del trompo era una bajeza mas que teníamos que soportar los prisioneros. Este juego consistía en que el prisionero era obligado a inclinarse con su mano extendida hacia el suelo con el dedo índice tocándolo, luego el prisionero era obligado a girar rápidamente como un trompo hasta que perdía el equilibrio y caía de rodillas o de bruces al suelo, en medio las risotadas de estas bestias. Si caía de rodillas un culatazo completaba la entretenición de estos animales, les gustaba que el prisionero cayera de bruces, así se completaba este entretenimiento de estas bestias.

Muy pronto los prisioneros aprendimos que si eras elegido para este siniestro juego debías caer de bruces sin dar muchas vueltas sin caerte pues el efecto de la pérdida de equilibrio duraba más. Como este juego se hacia en la Academia de Guerra Naval, antes de partir de vuelta al Lebu, era peligroso llegar al barco con problemas de equilibrio, pues



teníamos que subir por una peligrosa escalera hasta la cubierta y otra aun más peligrosa para bajar a la bodega uno.

Morera reportero

El día en que estalló la guerra entre Israel y los Estados Árabes, el 6 de octubre de 1973, el sicópata Morera se convierte en reportero de guerra. Se había conseguido unos 20 ejemplares del diario vespertino La Estrella de Valparaíso y con gran pompa los lanza a la bodega y nos informa, con ojos brillantes y rostro satisfecho *“la guerra ha comenzado, Egipto está atacando a Israel y sus tanques avanzan por la península de Sinaí”*. Morera sentía que era parte de una guerra de verdad y no de la farsa de la cual era parte. Curiosamente el sicópata sentía que él estaba en esa guerra y no cuidando a un grupo de detenidos políticos.

Por ese diario pudimos informarnos de algo de lo que sucedía afuera y como un pequeño artículo daba cuenta que unos detenidos en la Escuela de Caballería de Quillota que habían intentado fugarse habían sido asesinados en el mismo lugar, era el grupo de Quillota.

La galleta

Un día me llegó un paquete de galletas. Mi plan era empezar a comerlas a la hora del café, cuando nos subían a la cubierta; estando en la cola para recibir mi taza, el compañero que estaba detrás me toca el brazo, giro y me dice *“flaco, dame una galleta”*; yo avergonzado pues hasta ese instante no tenía intención de compartirlo le paso el paquete, él coge sólo una, cuando lo insto a que coja más, me indica el resto de prisioneros de la fila, atrás nuestro. Así desapareció muy pronto mi atesorado paquete de galletas.

Siempre agradecí el gesto de este compañero que me enseñó a compartir todo, incluso en las más duras circunstancias, él fué uno de los miembros del grupo de ejecutados en Quillota, era dirigente del regional PS de La Calera. Siempre recuerdo ese momento, él con sus anteojos como lupas y su pelo negro muy tupido, diciéndome *“flaco dame una galleta”*.

El partido de fútbol

Un día un compañero hace una gran pelota de fútbol con trapos recolectados entre nosotros; pero la superficie de la bodega era muy irregular ya que los durmientes sobresalían mucho. Este compañero logra la cooperación de los guardias, quienes facilitan



el tecele del barco para mover los durmientes y obtener una gran superficie lisa, lo cual nos permitió tener una perfecta cancha pequeña de fútbol. Muy pronto estábamos jugando por equipos y esto contribuía a abatir el pesimismo y tedio de estar en esa prisión miserable.

Ahora que teníamos una superficie plana los infantes de marina aprovecharon para darnos instrucción física y todos los días teníamos ejercicios físicos dirigidos por uno de ellos, lo cual, después de todo no era tan malo. Esta fue la única vez que los guardias mostraron un dejo de humanidad.

El palo de mesana

El Lebu tenía un palo alto de mesana. Un día un joven prisionero hace algo que, para el sicópata Morera, merecía un castigo ejemplar. El joven prisionero es obligado a subir al palo de mesana y permanecer allí por varias horas expuesto al fuerte viento frío de ese día; todos mirábamos preocupados a este joven allí a gran altura, sufriendo estoicamente el castigo impuesto. Al oscurecer le permitieron bajar, totalmente helado y sufriendo del frío al que había sido expuesto. Morera se mostró muy satisfecho.

El cuchillo

Un día soy escogido para subir a pelar papas para el rancho. El infante de marina que me custodia para esta tarea me pasa un afilado cuchillo y en esos instantes aparece el sicópata de Morera quién increpa a mi guardián: *"el prisionero tiene un cuchillo"*; atónito el infante de marina responde *"y cómo quiere que el prisionero pele las papas mi teniente"*; Morera me mira con desprecio y luego sigue su carrera a través del barco, siempre portando su metralleta *"era un tipo muy ocupado"*. Terminé mi tarea sin más problemas, pero cuando conté a mis compañeros este incidente todos se reían.

¡Morera quería que peláramos papas sin cuchillo!

Llegada de Hugo Arellano

Hugo Arellano era Director del Diario La Unión, dueño y director de Radio Limache, una de las pocas radioemisoras leales al gobierno de Allende; le habían destruido su emisora y arrestado a él y a sus hijos, permaneciendo un tiempo en la base aeronaval de El Belloto, otro notorio centro de interrogación y torturas de la Armada y desde ahí fue



enviado al barco Lebu. Su llegada fue motivo para que el sicópata de Morera le diera un recibimiento especial.

El sicópata decide darle un castigo ejemplar como bienvenida, le ordena a Hugo Arellano permanecer sentado en el medio de la cubierta de bodega por un largo tiempo, nadie podía hablarle o acercarse a él. Hugo llevaba una manta de castilla negra y envuelto en ella soporta este castigo sin inmutarse; parecía un toro fuerte e indómito con una mirada desafiante. El castigo dura hasta las altas horas de la madrugada en qué, finalmente, le permitieron buscar un espacio en la bodega para poder dormir.

Los paquetes de la Cruz Roja

A fines de septiembre empiezan a llegar paquetes que nuestros familiares enviaban a través de la Cruz Roja. Los prisioneros éramos llamados a cubierta donde los paquetes eran abiertos e inspeccionados. Yo no esperaba paquete alguno, pero mi madre se las había arreglado para hacerme llegar uno. Me llaman a cubierta y delante de mí el infante de marina que está arrodillado abriendo mi paquete me ordena hincarme igual que él y me dice que luego me lo dará. Por alguna razón consideré que ya era suficiente humillación que lo abrieran y me niego a hincarme, el infante repite la orden y yo permanezco en silencio sin hincarme, finalmente cuando ve mi determinación no insiste más. Esto fue un acto de rebeldía que podría haberme costado muy caro, pero lo hice como respuesta a tanta humillación que sufríamos en ese barco infernal.

Servicio las 24 horas

Los servicios de interrogación y tortura funcionaban las 24 horas del día, éramos llamados constantemente a estas brutales sesiones y vivíamos en una tensión constante, con el miedo de quién iba a ser el próximo. Esto era mucho más siniestro durante la noche cuando compañeros eran llamados temprano en la madrugada y después de estos interrogatorios eran retornados casi siempre en muy mal estado; muchos necesitaban ayuda para bajar la larga escalera vertical y evitar una caída desde considerable altura que podría haber sido fatal. Había compañeros que sabían muy bien que hacer en estos casos y trepaban rápidamente la escalera y ayudaban a los que regresaban de las sesiones de tortura, abajo teníamos otro grupo que ayudaba también en los últimos metros del descenso.



Todo esto creaba una tensión emocional increíble en el resto de los prisioneros; era muy difícil estar tranquilo; las noches eran largas y siniestras en el Lebu.

Consecuencias de la tortura

Las consecuencias de la tortura fueron para muchos compañeros devastadoras. Un caso que recuerdo es el de un compañero que fue detenido en uno de los cerros de Valparaíso por efectivos de carabineros quienes se habían ensañado con él dándole una brutal paliza rematando con un culatazo en la base de la espina dorsal y se defeca. Los carabineros gritaron: *"¡se cagó este conchas de su madre!"* y detienen la paliza. Finalmente es enviado al Lebu donde empieza a sufrir de su esfínter suelto y tuvo que sufrir este problema adicional en este barco infernal.

Otro compañero con quien compartí mucho en el Lebu fue un profesor de la Escuela de Arquitectura, militante del MAPU, muy alegre y optimista. A menudo era interrogado y torturado. Después de una sesión nos contó que uno de los interrogadores antes de empezar grita: *"¡hay que calentarle el poto!"* y proceden a darle golpes en los glúteos con un laque en forma salvaje y prolongada.

Cuando llega de vuelta al Lebu sus glúteos eran una masa morada, nunca habíamos visto algo tan horroroso; consultamos alarmados con nuestro médico de la bodega uno, quién nos dice que no hay nada que se pueda hacer ante tanta brutalidad. Una vez liberados los exprisioneros nos juntábamos en la Plaza Victoria, pero este compañero arquitecto ya no era el mismo que conocí al principio de mi estadía en el Lebu, su salud mental estaba seriamente afectada, se vestía como un gurú religioso, no era católico, pero ahora portaba una gran cruz que colgaba de su cuello.

¡Liberación!

A fines de noviembre soy llamado a cubierta, pensé que sería otro interrogatorio en las dependencias del buque, pero no fue así. Me llevaron a la Academia de Guerra Naval, donde me hacen pasar a una sala grande donde había unos 15 o 20 prisioneros, me preguntan de dónde vengo y les cuento mi procedencia, ellos llevaban bastante tiempo ahí.



Tuve que esperar muy poco tiempo, me hicieron pasar al interrogatorio, me sorprendió la amabilidad, casi humana, sin golpes ni gritos; no tocaron los cargos de francotirador, me hacían preguntas triviales. Finalmente se concentran en mis actividades en la Refinería de ENAMI-Ventanas y si había un núcleo del Partido Socialista en la refinería electrolítica, donde yo era jefe de turnos. Inmediatamente niego que hubiera esa organización dentro de mi planta, reconozco que sí, que yo era miembro del PS, pero no se había formado un núcleo. Sabía muy bien de que si hubiese reconocido la existencia del núcleo complicaría mucho mi situación y la de otros compañeros, pues exigirían los nombres de los miembros.

Finalmente me preguntan qué pienso hacer si soy liberado, contesto que si no hay cargos en mi contra buscaré retornar a mi puesto de trabajo; me comunican que me darán un certificado para que me presente en la Refinería de ENAMI-Ventanas, pero que allí hay un interventor de la Armada y será él quién decida si puedo retornar, agregando que ellos, por su parte, no tienen ningún cargo en mi contra, y para mayor de mis sorpresas, me comunican que un primo me estaba esperando a la salida.

Sin pensarlo les digo que había dejado mis ropas en la cola para el lavado y quiero ir a buscarlas, dudan un poco pero ponen a disposición una camioneta que me lleva de vuelta al Lebu, bajo rápidamente a la bodega y mis compañeros se agrupan en torno a mí y me tapan a preguntas, les dije que salía libre, lo que crea gran expectación, de pronto me acuerdo del camarada Álvarez, pregunto por él que estando a mi lado no lo veía; le digo rápidamente al oído que había que decir que en la refinería electrolítica no había núcleo del PS y que nunca existió. Él era el segundo jefe del núcleo allí y era un activo miembro de la toma del campamento Salvador Allende en Viña del Mar (la Armada le cambio el nombre por Glorias Navales) y trabajaba conmigo en la refinería electrolítica.

Una vez liberado me reencuentro con Álvarez y me cuenta que todos le preguntaban *"¿que cosa te dijo Maldonado al oído?"* a lo cual él respondía con trivialidades. A la postre eso le evitó a Álvarez y al resto de los miembros del núcleo muchos problemas y aceleró su liberación. Alvarez logró emigrar a Australia.



Regreso a la Academia de Guerra y encuentro a mi primo Osvaldo Maldonado que me seguía esperando, pero antes pasó a comprar un cartón de cigarrillos por encargo de los detenidos en la Academia de Guerra. Allí me devuelven mis documentos y el dinero que portaba al momento de mi detención.

Mi primo Osvaldo Maldonado, después de varias semanas en mi búsqueda, se había presentado en la Academia de Guerra asumiendo un gran riesgo y había exigido hablar con el oficial a cargo, pidiendo mi liberación. Para su sorpresa lo reciben y después de ser sometido a un largo interrogatorio por un oficial de inteligencia de la Armada, acogen su petición y mandan por mí para un último interrogatorio, advirtiéndome que *“en el caso de la menor sospecha el detenido se va a quedar un largo tiempo en el Lebu, si no hay sospechas se lo entregamos”*.

Mi liberación fue condicional, todas las semanas debía presentarme a firmar primero en la Intendencia y luego en una comisaría del cerro Barón; después de unos meses ya no tuve que firmar más.

La intervención de mi primo fue crucial, pues de otro modo habría pasado un largo tiempo en las mazmorras de la Armada. Siempre admiré y agradecí su valiente gesto y habilidad para hacerse recibir por los oficiales de la Inteligencia Naval y finalmente obtener mi libertad. En la Refinería ENAMI-Ventanas me recibió el interventor de la Armada, un tal Keneth Ríos Leonard, quien me comunica mi despido en forma inmediata. Desde mi departamento en la Caleta Portales continué viendo por varios meses más la siniestra silueta del barco Lebu atracado en el molo de abrigo de la bahía de Valparaíso.

Rafael Maldonado - Octubre 2020

() Ventanas de Quinteros es un pequeño puerto y complejo industrial situado a 35 Km al norte de Valparaíso donde se encuentra la Fundición y Refinería de ENAMI, mas conocida como Refinería ENAMI-Ventana.*

*(**) El Buque Escuela Esmeralda es un buque-velero de instrucción de los oficiales en formación de la Armada de Chile. Fue usado como cárcel y centro de tortura, al igual que los buques Lebu y Maipo, después del golpe de estado de septiembre de 1973.*



La hermosa mañana del 14 de diciembre de 1973 se vió alterada con la irrupción de soldados de la Infantería de Marina a la cárcel de Valparaíso, Chile, sorprendiendo a todos, desde los gendarmes y por supuesto a nosotros los prisioneros políticos como a los delincuentes comunes.

El gran portón interno que unía los dos patios del penal se abrió de par en par y un sargento con arrogante actitud, escoltado por un pelotón de soldados armados con fusiles automáticos, se dirigió a paso firme a través del patio en dirección al teatro del penal, procurando que los pocos delincuentes comunes que ocupaban el patio principal y cancha de fútbol se desplazaran a la blanca mole que albergaba las galerías y celdas. El resto de la población penal, incluídos una gran cantidad de PP (presos políticos ya en la tercera galería) observaban todo el espectáculo desde las pequeñas ventanas de sus celdas.

Mi corazón dió un salto y todos mis sentidos se pusieron en máxima alerta. *“Estos cosacos no nos van a dejar tranquilos”* me dije, ya hacía un mes que nos habían dado de baja de la Armada y por ende desde el cuartel Silva Palma trasladados a la cárcel del puerto. Ya estábamos acostumbrándonos al régimen carcelario, el cual era más relajado que la cárcel de la armada. Éramos *“civiles”* pero la dictatorial realidad nos decía que aun estábamos bajo el arbitrio de la misma institución que nos quería muertos. Ingenuamente pensé que ya estábamos lejos del radar de ellos. Estaba muy equivocado como lo mostrarían los meses por venir y la historia contemporánea de mi país.

Mientras los soldados rápidamente aseguraban el sector en la cancha solo quedamos ellos y nosotros. Todos los marineros prisioneros en forma automática nos replegamos frente al teatro del penal, el cual hacía de nuestra residencia, se nos llamó a guardar silencio y a formar un semi-círculo alrededor del sargento que ya traía en su mano un listado. Y con voz fuerte espetó: *“Mientras los soldados de la infantería de marina (cosacos) terminaban de asegurar todos los rincones y recovecos de ambiente... Por orden superior bla... bla...”*



bla. *Fiscalía naval de Valparaíso... Gobierno militar... prisioneros de guerra... juez naval almirante...etc. los siguientes prisioneros serán trasladados en forma inmediata” y acto seguido empezó a leer una lista por orden alfabético ...*

- | | | |
|-------------------------|------------------------|--------------------------|
| 1. Alonzo, Tomas | 16. Fariña, Bernardino | 31. Ojeda, José |
| 2. Alvarado, Carlos | 17. Fernández, Luis | 32. Ortega, Carlos |
| 3. Ayala, Luis | 18. Flores, Bernardo | 33. Ramírez, Mariano |
| 4. Benavente, Alejandro | 19. Fuentes, Iván | 34. Retamales, Alejandro |
| 5. Blaset, Pedro | 20. Fuentes, Sergio | 35. Rojo Luis |
| 6. Cardenas, Juan | 21. Gajardo, Julio | 36. Roldan Juan |
| 7. Carbajal, Bernardo | 22. Gomes, Gastón | 37. Ruiz, Antonio |
| 8. Carvajal, Oscar | 23. González, Miguel | 38. Salazar, Alberto |
| 9. Castillo, Guillermo | 24. Ibarra, Sebastián | 39. Salazar, Jaime |
| 10. Cifuentes, Teodosio | 25. Jara, José | 40. Segovia, Juan |
| 11. Claros, Rodolfo | 26. Lagos, José | 41. Ricardo, Tobar |
| 12. Cordova, Nelson | 27. Lagos, Pedro, | 42. Valderrama, David |
| 13. Dotte, Juan | 28. Maldonado, José | 43. Velásquez, José |
| 14. Espinoza, Claudio | 29. Martinez, Víctor | 44. Vergara, Guillermo |
| 15. Espinoza, Jaime | 30. Mendoza, Mario | 45. Zúñiga, Ernesto |

Todos nosotros con gran expectación escuchábamos. A todos los nombrados, se nos ordena que en cinco minutos recojamos todas nuestras pertenencias y que siguiéramos sus instrucciones. *¿Chucha que esta pasando?* me pregunté cuando el cabo Mariano Ramírez, uno de nuestros compañeros mas antiguo, preguntó *“con todo respeto mi sargento ¿Qué esta pasando, adónde nos llevan? Se le informará cuando lleguemos,”* fue la lacónica respuesta. Luego se armó una corredera como zafarrancho para allá y para acá ya que cada uno de nosotros empezó a juntar sus pertenencias.

¿Y que pasaría con nuestras pertenencias colectivas, esas que tanto habían costado a nuestras familias y a nosotros? Además algunos compañeros como el cabo José Jara y otros con mucho esfuerzo y gastando los pocos pesitos que tenían construían un torno de madera y muebles. Además teníamos cocinillas, vajillas, mesas y bancas, algunas herramientas y lo mas importante, la gran cantidad de alimentos perecibles y no perecibles que teníamos en un cuartito habilitado para ello. En las prisiones chilenas, los prisioneros se procuran su comida ya que la comida oficial es horrible. Uno de nuestros mayores logros era una despesa en la que teníamos una buena cantidad de alimentos, esta se conformó desde antes del golpe de estado cuando organizaciones sociales, sindicatos y partidos políticos se solidarizaron con los marineros anti-golpistas; inclusive teníamos un encargado de la despesa, Pedro Lagos, que rigurosamente tenía un catastro con su contenido y sólo dejaba



entrar a los cocineros de turno. Al momento del traslado contábamos con una gran cantidad de porotos, arroz, conservas, café, té azúcar, leche condensada y una buena cantidad de frutas, todo ello lo perderíamos ya que los guardias se apropiarían de todo.

El teatro del penal de Valparaíso empezó a ser usado por los primeros marineros que llegaron allí una semana antes del golpe de estado del 11 de septiembre de 1973. Para dicha fecha había allí 14 compañeros (existe una fotografía que salió en los diarios de la época) a los cuales se intentó secuestrar por un destacamento militar, el oficial de prisiones no quiso entregar a los prisioneros pues no se ajustaba a protocolo. Para todos nosotros fue claro que muchos oficiales deseaban crear las condiciones para asesinarlos, aduciendo que nos estábamos escapando.



Gendarmería quiso tenernos separados de la población común, lo cual nos ayudó mucho a mantener nuestras reglas y orden en la vida cuartelera. Inclusive todos nosotros seguimos respetando las reglas de la camaradería y unidad que nos permitió sobrellevar los años de reclusión que seguirían.

Rápidamente, en la vorágine, metí todas mis pocas cosas en mi saco verde marinero, además por si las moscas, enrollé mi colchoneta y mis dos frazadas en otro bulto. Cuando mis dos paquetes estaban hechos miré hacia la despensa, rápidamente caminé hacia ella y vi lo que era nuestro tesoro, con su puerta abierta entré y tomé unos tarros de Nescafé, leche condensada, una bolsa de arroz y de azúcar, todos esto casi sin pensar, los metí en mi saco. Creo que fue lo único que aprovechamos de nuestro almacén.

Fuimos llevados al patio de entrada del penal apurados y picaneados por los soldados en forma abusiva y recordé que varios episodios de nuestra historia las fuerzas armadas con su tercer y cuarto ejército han perpetrado hechos deleznable en contra de su propio pueblo. Además sabíamos que se estaban cometiendo actos salvajes contra de los prisioneros. Y de la población civil sabíamos de la gran cantidad de cadáveres en los ríos de nuestro país.



Nuestras pertenencias fueron arrojadas a un camión abierto con altas barandas para luego ser llamados por orden alfabético: Alvarado, Alonzo, Ayala. En forma metódica los cosacos nos maniataron y vendaron los ojos mientras se nos acomodaba apretadamente dentro de dos camiones celulares parecido a los camiones de la compañía UPS que reparte paquetes en California.

Cuando fui amarrado y vendado mi respiración se hizo difícil, mi corazón palpitaba más rápido, todos mis sentidos se agudizaron y empecé a hacerme muchas preguntas que nadie podía responder. *¿Se nos aplicaría la ley de fuga? Que nos podría esperar, por cuanto tiempo duraría esta mierda que estábamos viviendo. ¿Como estará mi familia?* A la que no había visto desde antes del golpe de estado, de eso ya más de dos meses. Me alegraba el hecho que no tenía mujer o hijos pero a su vez resentía el drama y preocupación de mis camaradas casados con los cuales ya habíamos estrechado amistad.

Por otro lado, aunque parezca raro el estar con mis camaradas, sentir sus movimientos, respiraciones y uno que otro murmullo me daba cierta fortaleza. Julio Gajardo, compañero cristiano acertó muy bien con su llamando a mantener la calma y tener fe en el creador, lo cual tuvo un efecto positivo en la mayoría de nosotros. Otro camarada cristiano Nelson Córdova murmura una plegaria. Aunque yo no soy creyente, sus palabras me ayudaron a mantener la calma y control.

A todo esto nuestras familias no sabían nada, nadie había sido informado con antelación, lo cual me producía una angustia y sabor amargo; estábamos siendo sacados en forma irregular, si ya estábamos en la cárcel ¿Que nos esperaba ahora? ¿Hacia donde nos llevan, que nos pasará?

En los años 90s y tras el retorno a la democracia en Chile supe por boca de Eliana Torrecilla, madre de Claudio Espinoza "El Gato," que ellas se dieron cuenta del traslado y trataron de seguir el convoy pero fueron impedidas por los soldados. Luego insistieron ante las autoridades del penal y la fiscalía de Valparaíso pero nunca tuvieron una respuesta satisfactoria, con gran impotencia solo les quedó la denuncia ante la Iglesia Católica y organizaciones de DDHH.



Dentro de los camiones nosotros los prisioneros, amarrados y vendados, sentados en el piso, éramos como sardinas ya que mi espalda descansaba contra el pecho y piernas abierta de Retamales, sus manos amarradas me abrazaban alrededor de mi cuello y descansaban en mis hombros; a su vez entre mis piernas abiertas y mis brazos tocaban las espaldas de Ernesto Zúñiga y mis manos alrededor de su cuello. A mis flancos tenía a Alberto Salazar por un lado y por el otro a Juan Segovia.

Así en un reducido espacio habíamos como 20 prisioneros sin espacio para movernos, con un calor insoportable, lo que producía un fuerte sudor en algunos como Bernardino Fariña que parecía estar todo mojado. Además la mayoría del tiempo en esas condiciones producen calambres por lo que alguno de nosotros pedía un poquito de espacio para estirar su pierna, lo cual era imposible por lo apretujado que estábamos, el polvo del camino era una molestia constante que me sofocaba permanentemente.

En esa situación de sofocamiento, calor y encierro, me sentía como una cholla en su lata; muy ordenaditas, en hilera, ocupando el espacio preciso, en su propio juego, no faltó el chiste del Mexicano: ***“si alguien se tira un peo nos mata a todos... o bien quedaremos todos despeinados”***.

En la parte de la puerta de atrás se sentía la presencia de los soldados con una radio de comunicaciones de la cual se escuchaban ordenes y comentarios. En forma periódica nos insultaban y repetían que estábamos hediondos a pólvora y que ellos nos harían la vida imposible. A pesar que nadie nos dijo donde íbamos, tuvimos una cierta idea ya que gran cantidad de camaradas vivía en el área, conocían sus sonidos, recuerdo que alguien cantó ***“Avenida Pedro Montt como tú no hay otra igual”*** ya que se suponía que estábamos en dicha calle de Valparaíso, tarareando una canción que todos conocíamos.

El convoy se detenía, se oían voces de mando, salimos de la ciudad, diferentes ruidos de trafico, personas, uno que otro perro ladrando. El viaje duró unas dos horas de lento y golpeado trajinar por caminos de tierras, cerros, arboledas y quebradas. De pronto ordenes militares, sonidos de cerrojos y cadenas, bisagras chillando, pasos de botas. Las puertas de



los camiones celulares se abrieron, la polvareda había terminado, sentí en mi rostros la frescura de un nuevo aire ya sin polvo. Una luz atravesó la venda de mis ojos, la voz de un soldado de infantería de marina rompió el silencio: ***“ya llegamos, disfruten sus vacaciones”.***

Los soldados desataron a los primeros y estos a la fila de atrás y así sucesivamente todos nos desatamos y quitamos las vendas de los ojos, la luz era enceguedora cuando brincamos de los camiones. Al caer al suelo me di cuenta que eran los rastrojos de un campo de trigo o algo parecido lo cual me recordó mi niñez en Labranza, provincia de Cautín, la tierra de mis antepasados.

¡Atención, alinear! gritó la voz de uno de los guardias – rápidamente los más de cuarenta marineros encandilados por la intensa luz solar nos formamos en sección (pelotón), mientras mis ojos lentamente se acostumbraban vi que se acerca desafiante un teniente cosaco en tenida de combate de apellido González, oficial de mar, portando un fusil M16 con su cargador de 20 tiros puesto. Nos miró con desprecio, con mucho odio dijo: *“Este es un campo de concentración y ustedes traidores hijos de puta son nuestros prisioneros”* al tiempo que decía esto escupía hacia su lado derecho. *“Si alguno trata de escapar quiero que sepan que están cercados por dos alambradas de púas, un campo minado, de una torre de vigilancia, en los cerros aledaños tenemos patrullas móviles, además de helicópteros con sensores infrarrojos, por lo tanto si intentan escapar o bien si alguien trata de rescatarlos los llenaremos de plomo, quiero que sepan que las fuerzas armadas controlan todo el país, y ustedes son traidores con los cuales no tendremos ningún miramiento. He ordenado a mis hombres que sean extremadamente duros. Y recuerden siempre... que nosotros tenemos las armas”*, levantando su fusil y exclamando *“¡Esto es lo que manda, sediciosos conchas de sus madres y nosotros las tenemos, ustedes no tienen nada!”* Apuntó unos dos metros por sobre nuestras cabezas, ta-ca-ta-ca, descargando sus 20 tiros, los cuales producían un repetitivo eco en el valle y los cerros que nos rodeaban al mismo tiempo que gran cantidad de pájaros volaban asustados. El teniente González limpió la saliva y un poco de espuma que salía por su boca. *“Estoy ansioso que me den la orden para fusilarlos a todos.”*



Al principio me pareció una fanfarronada pero luego me di cuenta que esa era la realidad dolorosa que vivíamos. Todos nosotros formados con vista al oficial, impávidos ya que no estábamos acostumbrados a este tipo de show de parte de algún oficial payaso pero con la salvedad de que este huevas tenía un arma automática en sus manos, y mostraba un odio visceral hacia nosotros; pero debo reconocer que nunca los cosacos me cayeron bien ya que siempre han sido mas cuadrados que yo.

El sol nos pegaba intensamente y parecía que hacía mas calor y fue cuando el teniente González gritó: *"y tú, por que te estás riendo concha de tu madre"*, el marinero Carlos Ortega el cual es muy moreno se sentía incómodo con el sol en su cara lo cual lo hacía mostrar su amplia dentadura blanca que contrarrestaba con su color de piel respondió, *"no me estoy riendo mi teniente lo que pasa es que el sol me pega muy fuerte en la cara y por eso parece que me estoy riendo pero no es así"*. A lo que el teniente respondió: *"Que te creéis huevón. A ver soldados denle el tratamiento que se merece y quítenle la sonrisa"* y acto seguido los soldados empezaron a golpear a nuestro compañero, mientras otros soldados nos rodeaban amenazantemente, una gran impotencia me embargaba y creo que a cada uno de mis camaradas también.

Mientras todo esto sucedía notamos que a una distancia prudente habían civiles en completo silencio que no se perdían detalle de lo que pasaba. Y que no habíamos notado en un principio por tener la atención al oficial y por el encandilamiento de la luz. Luego supimos que eran alrededor de 150 prisioneros políticos, mientras que el oficial nos daba la bienvenida protocolar notamos que estábamos dentro de un potrero o corral del tamaño de dos canchas de futbol, el cerro La Campana se divisaba a unos 15 o 20 - kilómetros al noreste.

¿Dónde estábamos? Estábamos en la parte este de un valle o llano de altura de unos 4 kilómetros por unos dos de ancho con una leve inclinación oeste-este, rodeados de cerros de unos cien metros o mas, semi-árido con vegetación mas copiosa en las quebradas y faldeos de los cerros, se veía una casa como a unos 500 metros de distancia hacia el oeste. Mi amigo Pedro Lagos me comentó al oído en forma muy pausada y silenciosa en susurro



para que nadie mas escuchara, típico de él. "Jimmy, estamos en las alturas del Lliuy-Lliuy", primera vez que escuchaba ese exótico nombre.

Obviamente estábamos en la cordillera de la costa, el campo de concentración había sido construido inmediatamente después del golpe de estado por la infantería de marina y trabajo forzado de prisioneros. Nuestra área media algo así como 80 metros de este a oeste por unos 150 metros de norte a sur. Las cabañas dispuestas en forma de "u" con la apertura hacia el norte: 12 cabañas por sector, cada cabaña con dos piezas de 3x3 metros, en cada cuarto tres literas dobles, sin ventanas tan solo una puerta pequeña, techo de metal (zinc) es decir 12 internos por cabaña.

En la parte nor-este del campo estaba el comedor lo cual era la edificación mas grande y alta ya que estaba sobre pilotes. Luego hacia el oeste o la parte central estaba el portón de entrada, a continuación y fuera de la alambrada, la cocina. Más hacia el norte y en una cota mas alta estaban las cabañas de los soldados. **(ver Plano del lugar en sección Albúm Fotográfico).**

La alambrada en si consistía en postes rollizos de unos 30 centímetros de diámetro, un pie de diámetro por 10 pies de alto por unos tres metros de alto, los alambres de púas con una separación de unos 10 centímetros (4 pulgadas) tirantes como cuerdas de piano, se notaba que habían usado una herramienta para hacerlo. (wire puller)

Nuestro lugar de encarcelamiento era un campo de concentración de la armada de Chile, el cual tenia tres nombres: *"Isla Riesco, Isla Melinka u Operativo X."* Los prisioneros recibíamos la correspondencia a uno de los tres nombres, además debo aclarar que las dos islas mencionadas están a miles de kilómetros al sur. Isla Riesco esta cerca de Punta Arenas y Melinka está en el archipiélago de Chiloé. En concreto estábamos inubicables para nuestras familias.

Al lado este, frente a la torre de vigilancia había un callejón entre la alambrada y las cabañas de unos cinco metros que nos llevaba al basural y las letrinas que quedaban en



la esquina sureste del campo. Las letrinas eran una trinchera sobre lo cual se instaló una cajonera con unos agujeros en donde podían sentarse al mismo tiempo unos quince a veinte usuarios, sin ninguna privacidad ya que los que se sentaban allí podían ser vistos de cualquier lugar del entorno y de los cerros aledaños, era algo así como un baño romano.

Muy difícil fué para esos amigos celosos de su privacidad, viejos académicos, profesores, doctores profesionales, dejando ver sus partes privadas entre cientos de desconocidos, a la misma vez todas las letrinas podían ser vistas por la torre de vigilancia a unos 60 metros de distancia. En este lugar de fuertes olores y moscas se producían interesantes discusiones eruditas como que cuantas moscas allí había, en la que los matemáticos de las universidades discutían largamente ecuaciones en las que yo quedaba colgado, lo cierto que las moscas cubrían varios metros cuadrados parecían una frazada que cubría todo el hoyo de la basura muy cerca de las letrinas de unos cuatro por cuatro metros por unos dos y medio de profundidad.

En el campo se nos había quitado cualquier objeto metálico solo se nos permitió los cortaúñas, además se nos proporcionó todo el cubierto para comer de plástico. No teníamos agua corriente, ni energía eléctrica, ni menos teléfono, no había contacto con nadie fuera del campo, todo era controlado por los cosacos. Nuestro esporádico contacto era una tarjeta tipo "postal" la cual podíamos escribir una cada cierto tiempo, la cual pasaba una rigurosa censura; no se podía decir nada sobre otros prisioneros, lugar y condiciones en que estábamos, en una oportunidad yo fui llamado por el oficial a cargo para que escribiera otra nota a mi familia, ya que mi tarjeta fue censurada por mencionar a nuestros custodios, y detalles del lugar. Todo esto con mal trato y muchas veces golpes.

En aquel campo de concentración éramos encerrados con candado todas las tardes para en las mañanas después de levantarnos cantar la canción nacional luego desayuno, un pan y una tasa de té, para luego quedarnos en el gran espacio abierto que no tenía ningún árbol la única sombra era la de las cabañas, el calor en el día era insoportable por lo que la mayoría de los prisioneros se quitaba la camisa y usaba pantalones cortos; muchos nos quitábamos los zapatos también. Al medio día nueva formación para ir a almorzar y casi siempre lo mismo, algo que parecía papas con mote. En las tardes tipo 6 pm formación nuevamente



para ir a cenar papas con mote. Luego formación nuevamente para luego ser encerrados en las cabañas que no tenían ventanas ni luz. En las noches, los soldados realizaban por lo menos unos tiroteos cada semana para decirnos en la mañana que ellos habían repelido un ataque extremista! O bien hacían explotar bajo control eléctrico alguna mina del cerco, haciendo notar a viva voz, “¡Fué un conejo! o fué un perro!”. En uno de estos shows una esquirla de mina cruzó la madera de una cabaña hiriendo levemente en el hombro a un prisionero de apellido Gatica.

Los soldados y oficiales custodios del campo aprovechaban cualquier situación y/o coyuntura para enrostrarnos que estaban esperando la orden para fusilarnos, diciendo en forma repetitiva “Uds. están hediondos a pólvora.” También en forma regular se nos abusaba con medidas arbitrarias y picaderos en que se nos hacía desnudar y correr por el campo seguido por los soldados los cuales nos latigueaban con varillas de mimbre. Lo cual recuerdo ocurrió con Nelson Córdova, José Maldonado y yo, lo cual relataré más adelante.

Navidad entre alambradas

Muy malo se veía el panorama para los 200-250 presos políticos que nos hospedábamos entre las montañas de ese lugar, nuestras familias no tenían idea en donde estábamos; para ellos estábamos inubicables pues estábamos completamente aislados del mundo.

Diciembre de 1973, nada bueno se veía para nosotros. Los días eran todos iguales no había diferencia entre uno y otro. La diferencia o la expectación era cuando llegaban los camiones ya que traían nuevos prisioneros, traían paquetes y cartas de nuestras familias las cuales no sabían donde estábamos o bien podrían pensar que estábamos a miles de kilómetros en la Patagonia, para en su retorno llevarse la correspondencia y a veces a algunos prisioneros, nadie sabía a donde, tal vez a la libertad, a otro campo o la muerte allí entre las montañas, con un gran calor en el día y frío por las noches. Allí poco a poco nosotros los marineros empezamos a compartir con los otros compañeros prisioneros y constatamos que toda la sociedad chilena estaba representada allí, ya que había dirigentes sindicales, obreros de todo tipo, pescadores, profesores, estudiantes, académicos, ingenieros y algunos doctores.



La Navidad del año 73 fue la más triste de mi vida, solo alegrada por el gesto del cocinero del campo el cual conocía a alguno de nosotros con el cual platiqué y le pedí su ayuda para cocinar el arroz y leche condensada que tenía el cual se solidarizó con nosotros, el cual nos cocinó el arroz y fué compartido por los doce prisioneros de mi cabaña, de los cuales recuerdo a Alberto Salazar, Juan Roldán y Alejandro Retamales. Al día siguiente, 25 de diciembre, Mankupsia entre otros camaradas realizaron un evento para celebrar dicha fecha.

El compañero Gilberto Suárez, ejemplo de dignidad y el más valiente.

Entre la gran cantidad de prisioneros que pasaron por el campo recuerdo al compañero Suárez, al cual apodamos el "Fito" por el hecho que tenía una prominente joroba. Cada día los soldados nos hacían cantar la canción nacional a la cual le habían agregado una estrofa: "vuestros nombres valientes soldados que habéis sido de Chile el sostén". Esta estrofa era una bofetada para nosotros y nos molestaba mucho cantarla. Y cuando lo hacíamos algunos soldados por detrás de nuestras filas nos chequeaban que cantáramos. En una oportunidad un soldado descubre que Fito no estaba cantando; *"este huevón no esta cantando"* gritó mientras cogía al Fito por atrás, todos paramos de cantar y dirigimos las mirada al incidente.

Al mismo tiempo que varios soldados lo rodeaban y golpeaban con todo lo que tenían; patadas, golpes de puño y culatazos, otro grupo de soldados hizo que la totalidad de nosotros mantuviera una distancia prudente de suceso. *"Canta concha de tu madre"*, gritó el teniente González. Fito contestó muy bien y dijo: *"concha de tu madre"*, mirando desafiante al oficial, la atención subía alarmantemente. La totalidad de los prisioneros estábamos más que molestos, fue allí que un prisionero de lentes, Luis Ramírez, creo que era estudiante, gritó a todo pulmón *"la platita que se están ganando abusadores"* expresión que significa abuso o realizar una acción con ventaja. Todos nos quedamos en silencio cuando algunos soldados corrieron hacia el declamador y empezó a recibir la misma ración de patadas y golpes. A todo esto nuestro compañero Fito estaba bañado en sangre, *"mátenme conchas de su madre pero no cantaré ninguna canción nacional"* decía nuestro compañero. Yo me sentía muy mal, yo no sabía que hacer y creo que todos sentíamos lo mismo, IMPOTENCIA.



Luego apareció un sargento tomó al oficial y lo sacó del área. Con esto la situación se empezó a enfriarse. Los soldados se empezaron a distanciar y algunos camaradas atendieron al Fito y lo llevamos a su cabaña para limpiarlo y curarles sus heridas.

Aunque la música de nuestro himno no me molesta, desde aquella época jamás he cantado nuestro himno nacional porque me produce dolor. Solo guardo silencio y recuerdo el suplicio recibido por Fito y otros en los altos del Lliu Lliu y que a punta de bayoneta se nos obligaba a cantarla. Creo que jamás la cantaré porque ya dejó de ser mía. Tal vez sea difícil de entender por mis compatriotas pero es lo que yo siento. La canción nacional debe ser sentida con todo su ser, pero para mi representa el dolor, el abuso y la tortura y de unos hombres que perdieron el real significado de lo que significa ser soldado.

El perrito Riesco

No se porque en el campo de concentración había un perrito al que llamábamos **"Riesco."** Una vez escuché que fue encontrado por un prisionero haciendo trabajo forzado en la construcción de la instalación. Este fue adoptado por todos nosotros, fue nuestra mascota. Lo alimentábamos con las sobras de la comida, pasó a ser nuestra entretenición, algunos prisioneros le enseñaron algunos trucos, como a sentarse, echarse, etc. Nuestro perrito dormía cada noche en alguna cabaña, cada mañana en forma disciplinada formaba con nosotros.

Un día llegó un arrogante oficial joven, tal vez subteniente o teniente segundo, vistiendo un sombrero australiano y una batuta tipo oficial inglés acompañado de un perro doberman negro de aspecto fiero. Al instante que dicho oficial con lenguaje prepotente se dirigía a nosotros con un insultante discurso, nuestro **"Riesco"** vió al intruso doberman y lo atacó por lo cual este escapó del campo. Todos reímos por la falta de formalidad del incidente y alguien comentó "son cosas de perros." Nuestra mascota regresó con su colita en alto, pero lo que parecía parodia o comedia se transformaría en drama. Nuestra simpática mascota pagaría con su vida la osadía de corretear al perro cosaco, fue fusilado por el sargento Aguayo que no pudo aceptar la derrota de su doberman.



El pozo

Cada cierto tiempo, la guardia del campo era cambiada. Fue así como en una oportunidad llegó el sargento Alegría conocido por alguno de nosotros ya que habíamos estado juntos en el Crucero O'Higgins el año 70 y luego en el cuartel Silva Palma.

Como todo personaje quiere dejar su huella, se le ocurrió que cada cabaña debía tener un jardín en frente de ella por lo cual cada grupo debía tener el mejor cuidado con sus plantas pero luego de algunos intentos se dio cuenta que para que ello ocurra se requiere agua, y esta era muy escasa ya que se traía en camiones para que nosotros la tuviéramos, el proyecto murió de sed!, bruscamente. Luego se le ocurrió que deberíamos hacer un pozo por lo que se nos proporcionaron picos y palas para iniciar el proyecto, así trabajamos varios días hasta que logramos hacer un forado de unos 4 o 5 metros de profundidad por unos 4 de diámetro, el agua apareció y cubrió algo así como un poco más de un metro. Este sólo nos sirvió para bañarnos y fue usado por los soldados para "picaderos", forma típica de castigar a un grupo de reclutas.

La culebra

Resultó que en día soleado como todos los días en las alturas de Colliguay, a una despistada culebra se le ocurrió entrar por debajo de las alambradas pero sin darse cuenta que allí estaban el negro Gómez con el Lolo Espinoza. Al verla estos pensaron en las proteínas que nos faltaban en nuestra dieta y terminó siendo complemento para nuestra comida. Fue asada en un alambre de púas y de la cual comimos además de los cazadores yo y Zúñiga. Sólo me quedó en la memoria el recuerdo de un momento y sabor agradable.

Utopía

Una tarde se me acerca el "Mexicano" Ernesto Zúñiga y me dice: *"Jimmy tengo que hablar algo muy delicado contigo; se que el pirigüín Ayala y tú son de los mejores tiradores que tenemos, ya que pertenecieron a los equipos de tiro al blanco, junto a otros camaradas que no puedo mencionar estamos confeccionando un plan para escapar."* Yo le dije: *"explícame de que se trata"*. El me respondió que cuando se tome la decisión un grupo de compañeros *"entrará en sigilo a la cocina y desde allí coparemos los dormitorios de los soldados, los desarmaremos, todo en silencio, luego tu y Ayala con los rifles requisados*



correrán a patio descubierto y tomaran posición detrás de la cabaña que queda frente a la torre y desde allí reducirán al guardia de la torre, luego esperaremos la patrulla móvil, y así tomaremos a todos lo cosacos como rehenes."

Todo me pareció muy tirado de las mechas pero no sabía si era idea del Mexi o un plan más elaborado. Pero no lo podía platicar con nadie por lo que guardé la información. Hasta ahora, después de 45 años, no sé si era un plan bien elaborado del cual yo sabía lo mínimo, una idea loca o la utopía de prisioneros con sueños de libertad. (Nunca lo sabré)

La Cruz Roja

A todos nos sorprendió la comida de aquel día ya que por fin saboreábamos el pollo, la comida estaba muy buena, generalmente comíamos frijoles rojos mal preparados o papas con mote o algo parecido, cuando de pronto se escuchó el arribo de un helicóptero del cual descendieron unos gringos de la Cruz Roja Internacional. Estos fueron recibidos por el teniente Gonzales. Se dirigieron al comedor, fue allí en donde el oficial por primera y última vez empezó a hablarnos cordialmente como si fuéramos grandes amigos, los suizos funcionarios de la organización internacional nos platicaron además algunos prisioneros les explicaron que lo que se comía en ese momento ni el trato eran lo habitual, a lo que los funcionarios tomaron nota. Esta situación ocurrió una o dos veces en aquel tenebroso y desolado rincón de la montaña.

La mierda verde

En una oportunidad vimos unas vacas al lado oeste de la alambrada en el sector sin minas, varias de ellas, todo esto mientras platicábamos entre nosotros. Fue en ese momento cuando Pedro Lagos espetó *"miren la tremenda mierda verde allí en la esquina de la cabaña"* lo cual era cierto. Pero no nos dimos cuenta que detrás del lugar habían unos soldados y por supuesto estaba vestido de verde. Ellos no vieron quien dijo la frase pero si distinguieron a nuestro grupo por lo tanto se armó un escándalo: *"Marineros sediciosos insultan a un gallardo soldado de la patria"*. Se nos llamó a formación y el teniente González con su aire altanero, preguntó frente a la formación, quién fue el marinero grosero que insultó a un soldado de la infantería de marina, que si no salía al frente todos nosotros pagaríamos. Pedro Lagos manifestó su determinación de salir al frente pero unánimemente



rechazamos su idea, determinando con ello que todos estábamos dispuesto a recibir el castigo. El oficial nos trató de cobardes y maricones pero para nosotros fue un paso más en nuestra hermandad y lealtad que se requería para pasar por esos dramáticos momentos.

Ducha clandestina

En el campo teníamos prohibido derrochar la poca agua que nos traían por lo que lavarse era complicado. Esta era traída en un camión aljibe, operación realizada todos los días por los soldados para llenar los dos tanques de mil litros cada uno. Para bañarnos lo hacíamos cada algunos días, teníamos bidones de 5 litros; un poco más que un galón, que nos alcanzaba para un bañito rápido o 10 litros para un jabonoso con lo cual quedábamos muy pulcros. El baño lo tomábamos en una cabaña vacía o con la complicidad de algún camarada que observaba que no viniera ningún soldado, ya que estaba prohibido.

La radio

Yo tenía una radio portátil de cuatro pilas grandes la cual tenía muy buen sonido y las baterías duraban bastante. Dicha radio me acompañó todo el tiempo en que fui prisionero. Con ella nos conectamos al mundo, aunque lo más importante fue escuchar las transmisiones en onda corta de La Radio Habana, Radio Moscú, Paz y Progreso, la BBC de Londres y otras que tenían programas en castellano. Nuestro programa favorito paso a ser *“Escucha Chile de Radio Moscú”*. Recuerdo que en una oportunidad estaba sobre mi cama escuchando el programa con noticias de la resistencia, yo dormitaba cuando de pronto, abrí los ojos y la cabaña estaba llena de compañeros con la oreja parada escuchando el programa, lo cual me puso muy nervioso. Si los soldados se daban cuenta me podrían quitar la radio y yo lo pasaría mal ya que recibiría el tratamiento *“golpiza”* pero nunca fui amonestado por ello y mi radio paso a ser uno de los bienes mas preciados en los cinco años que estuve prisionero.

El coronel Espinoza

Arriba en el campo todos los días eran iguales, todos los días eran soleados y de gran calor en el día y frío en las noches, lo que rompía la monotonía eran las visitas de la Cruz Roja Internacional o de algún alto oficial de la dictadura. En una oportunidad nos visitó el coronel Espinoza. Un sonido nos llamó la atención cuando vimos que un helicóptero Puma aterrizó fuera de las alambradas, descendieron primero los escoltas militares para luego el



oficial, el cual luego dentro de las alambradas se dirigió hacia nosotros, primero para resaltar las bondades del gobierno militar para luego plantearnos que se planificaba construir cárceles en donde podríamos reeducarnos como buenos ciudadanos y bla bla bla lo que jamás se cumplió.

El tiuque

Cuando llegamos al campo, fue muy grato para mi darme cuenta que habían mascotas entre nosotros. Un tiuque que del cual se contaba que fue encontrado en el campo cuando era pequeñito y fue cuidado y alimentado por los prisioneros, en un par de meses se echó a volar pero siguió viviendo con nosotros, muchas veces también participaba de las formaciones de la mañana y de la tarde saltando por sobre nuestros hombros, recuerdo que en una oportunidad cuando yo llevaba agua en un lavatorio este se posó en mis hombros para tomarse un traguito. **Panchito** como le llamábamos desapareció por un par de días pero regresó con su pareja. Luego hicieron un vuelo rasante por todo el campo para irse en su vida de pareja. Después de ello no lo ví mas. Parece que encontró el amor de su vida y se fue a fundar su propia familia lejos de la prisión y de los soldados.

La mayoría de los prisioneros era gente joven de 20 a 35 años que gustaba del deporte por lo cual diseñamos un campo de fútbol y empezamos a usar una pelota de trapo en un principio hasta que la Cruz Roja Internacional visitó el campo y nos proporcionó algunas pelotas de futbol y vólibol, lo cual ayudó mucho en nuestra entretención. El desarrollo del vólibol es digno de mencionarse ya que fue un proyecto colectivo que nos llevó muchos de días completar. Hicimos los dos postes de soporte con rollizos para luego tomar un trozo de alambres de púas el cual desarmamos con solo piedras quitándoles sus púas lo cual nos llevó mucho tiempo. Para confeccionar la red usamos todos los cordelitos, tiras, pitillas, hilos que conseguimos especialmente material que nuestras familias usaban para amarrar los paquetes que nos enviaban. Después de un tiempo disfrutamos de grandes torneos de este deporte en donde el Negro Claros destacaba con sus grandes saltos y remaches.

En el campo de concentración se suponía que todos éramos presos políticos pero no. Había excepciones ya que unos poquitos eran delincuentes comunes que fueron detenidos durante toque de queda o fueron procesados por jueces militares. Durante los momentos



de esparcimiento se destacó un prisionero que siendo preso común llegó al campo de concentración. Lo apodamos el hippie y era de apellido Santis; cantaba muy bonito y se lució al cantar “*Todos Juntos*”, “*Mira Niñita*”, “*Indio Hermano*,” canciones del grupo Los Jaivas. A otro cantante y preso común lo apodamos el Sandro ya que imitaba muy bien el canto de este artista argentino.

El Mankupsia (Antonio Oyarzo): Un compañero maestro de ceremonia o animador, de gran iniciativa y poder de razonamiento que organizó y participó en todos los eventos con un gran espíritu y gran sentido de comunicación; después de tantos años hemos mantenido la comunicación.

Guillermo Pulgar: un compañero humorista. Además creador de mucha comedia.

Míster Péncil fué un humilde compañero de Valparaíso que hacía música golpeando sus dientes con un lápiz.

Juan Dotte: uno de nuestros camaradas que se destacó con su arte del canto, ya que con una buena voz y una guitarra nos deleitó con sus imitaciones del Temucano. Actualmente vive retirado en el estado de Oregón, afectado profundamente por el trauma de la experiencia de prisión.

Felipe Radrigán y su hermoso canto a “Valparaíso.” Hoy vive en México.

Papali y Adendolfer: compañeros arquitectos y humoristas.

En la cabaña 24 residía sólo un prisionero pero nunca supe su nombre o situación cabal y nunca lo vi platicando con nadie, siempre caminaba solo, taciturno en silencio sólo ha quedado en mi mente que era un prisionero italiano.

Álvaro Vidal: cantante y compañero que nos alegró la vida, en momentos muy difíciles. Vive en Europa pero mantiene una permanente comunicación con sus camaradas.

El Pillín: compañero marinero y humorista después de décadas de exilio regreso a vivir junto a sus raíces en Chile.

Los personajes de muy mala leche incluían a Teniente IM, Oficial de mar “González”, sargentos Aguayo, Alegría y cabos Soto y Álvarez de los cuales no sé nada de ellos

Pero no puedo olvidar a los uniformados que nos trataron con respeto y consideración: Sargento Gómez y Cabo Bustos de la infantería de marina, además del cocinero y enfermero de la armada de los cuales no recuerdo sus apellidos .

El campo de concentración era un lugar muy aislado pero representaba un problema logístico para la Armada de Chile. Había que abastecerlo pero los caminos se hacen



intransitables en invierno. No tenía agua, electricidad, ni teléfono por lo que tomaron la decisión de su traslado a la localidad de "Puchuncavi" cerca de la costa ocupando una instalación que el gobierno de la Unidad Popular había construido para recreación de nuestro pueblo. Allí con trabajo forzado se construyeron los cercos y las torres de vigilancia y en forma pausada fuimos trasladados a dicha localidad. Yo fui parte del último grupo junto a Tomas Alonzo, Juan Dotte y Jaime Espinoza, logrando estar tan sólo unas dos semanas en el nuevo campo ya que luego fuimos retornados a la cárcel de Valparaíso.

En el campo de concentración observé, aprendí, me eduqué, me compenetré con mi pueblo, con el Chile prisionero. Aprendí de política, de filosofía, de Historia de Chile, del movimiento sindical, todo ello enseñado por socialistas, comunistas, miristas y a su vez del gran amor hacia nuestro pueblo, a compartir hasta las miguitas de pan con mis camaradas. Vi la crueldad de oficiales de la Armada de Chile, que a pesar de vestirse de blanco por dentro están podridos, actuar contra gente indefensa y mas débiles. Pero por otra parte vi la grandeza y tenacidad de mis camaradas que, aunque prisioneros, demostraron la gran fortaleza de nuestro pueblo.

Hoy después de más de 45 años de las vivencias aquí relatadas, y con más de 5 años de prisión salí al exilio y en otras tierras construí mi mundo rescatando la memoria de todos los compañeros con los que compartí esta dramática experiencia, aportando desde California en la lucha contra la dictadura y acrecentando la amistad y fraternidad entre los ex prisioneros políticos, los cuales nos reunimos anualmente en el parque cultural de la ex cárcel de Valparaíso. Hoy, mis mejores amigos son ellos, con los cuales mantenemos comunicación y coordinamos acciones comunes. Un abrazo a la memoria de todos en especial a los que ya partieron rumbo a la eternidad.

JAIME SALAZAR

Jaime Salazar fue Marinero Primero acusado de sedición o motín frustrado, causa #3926-73 de la fiscalía naval de Valparaíso. Prisionero desde el 6 de Agosto de 1973 hasta el 20 de abril de 1978 cuando obtuvo su libertad a raíz de la amnistía.



Hermann Fernando Gómez Santa María

Mis experiencias como prisionero toman forma en la segunda mitad del año 1975 y la primera de 1976 y fundamentalmente en los Campos de Tres Alamos y Puchuncavi, aunque hubo lugares previos para llegar a ellos.

En esta oportunidad quiero destacar tres canciones que tienen relación con la realidad que se vivía en prisión. Una de ellas es el **"Candombe para José"** que en cada acto tenía un primer lugar (Tres Alamos). Aquí, lo que me hacía sentido era parte de la letra donde decía: *"no tienes ninguna pena al parecer, pero las penas te sobran..."*

Otra canción era **"El barco de papel"** (parece que ese es su título), que se cantaba cuando algún grupo de prisioneros salía en libertad. En esos tiempos, presiones internacionales y en particular visitas al país de la Cruz Roja Internacional, provocaban que el Gobierno decretara la libertad de grupos de prisioneros, con lo que pretendía enmascarar el nivel de violencia de la represión. Esta canción dice:

***Se va el barco de papel
Por el mar de la Esperanza
Llevando un montón de sueños
Y mis manos no lo alcanzan
Se va, se va, se va y no volverá***

Cerca del portón del Campo se situaban buses en los que trasladarían a Santiago a los presos que iban a ser liberados y mientras estos compañeros se iban subiendo a los vehículos, desde lo alto del Campo Puchuncaví, los que continuábamos presos les cantábamos esta canción.



Era tremendamente emocionante. Si supiera pintar habría realizado un cuadro de imágenes que todavía tengo en la memoria.

Estas canciones los presos las tomamos como nuestras, no fueron creadas por nosotros, pero nos las apropiamos con todo el derecho que nos asistía.

La tercera canción sí fue creada por prisioneros y expresa de gran manera la multiplicidad de orígenes de los prisioneros, sus anhelos y sus fortalezas. Su letra es más o menos así:

***Desde los picos cordilleranos
Atravesando valles centrales
Tierras pampinas
Tierras mojadas
Vienen llegando de todos lados
Hablan de historia y no tienen pasado
Piedra por piedra fueron forjados
Quieren ser viento, quieren ser agua
Vienen llegando de todos lados
Son como el brillo del cobre dorado
Piernas trenzadas, manos de arado
Tienen amores
No los olvidan
Vienen llegando de todos lados***

No tengo total seguridad de la exactitud de la letra, pero exponerla puede servir para que otros puedan mejorarla, como también otros puedan darle mejores interpretaciones

En los campos hubo mucha más creación, lo que expongo se refiere a lo que a mí me tocó vivir, que es sin duda una pequeña parte de la historia que se construyó en muchos campos y en muchos años.



CANCIÓN AL LEBU

(texto & música de ALVARO VIDAL P.)

*En el molo de abrigo
en el puerto de Valparaíso
el año 73
recala el monstruo Lebu*

*En sus bodegas y cubierta
se genera el tempestuoso dolor
de quienes luchaban por un ideal
por una autodeterminación*

*La fiera marina te cala tu cuerpo
lo humano fraterniza con los tuyos
tortura y desolación, termina por unir
entiendes la presteza de aveniencia*

*Pido respeto a la memoria
busco un lugar en la historia
exijo ultimar mi existencia
relatando nuestra experiencia*



Poemas de Valeria Varas

Al marinero que una noche entró escondido en la celda para regalarnos un bollo de pan y un pedazo de pescado frito a cada una y desapareció.

***Marinero, marinero
grandote y tierno,
grande como un niño pequeño,
corazón de pescado frito,
manos de pueblo
marinero,
bollo de pan,
hallulla nocturna
asada al calor del puerto
marinero
especie rara
entre tanto cerdo,
"rara avis" del basurero,
tal vez te fecundó la noche
o un pirata fantasma
te abandonó en el muelle.***

Este poema lo hice mentalmente cuando estaba en el Lebu y luego lo escribí y está en mi libro ***"Cantando me defiendo"***.

Quién nos regaló el pescado frito fué un marino raso, un hombre delgado, alto, ya mayor. Estábamos durmiendo en el camarote, apuñadas en el suelo, salvo las dos que dormían en las únicas camas que habían, cuando de pronto se abrió la puerta y entró este marino como en estampida.



En unos papeles nos llevaba el pescado, yo creo que los compró en ese lugar que se llamaba “*El Rey del Pescado Frito*”, si no me equivoco quedaba en Avenida Ecuador, eso pensé en ese momento porque se parecía mucho el sabor, pero recuerdo que pensé que no podía ser ya que había toque de queda y todos los restaurantes estaban cerrados. Siempre me quedó la duda de dónde los había conseguido ya que estaban calientes.

Nos dijo algo difuso y muy rápido, como: “esto es para ustedes” y se fué. Nosotras conociendo como era la cosa, nos comimos rápidamente todo para no dejar nada, ni los papeles que botamos al mar. Sabíamos que era necesario que los oficiales no se dieran cuenta de que él había entrado y que probablemente habían otros cómplices que lo dejaron pasar.

Este poema hace mención a que, mientras me torturaban, los militares y los marinos escuchaban eventos deportivos y música por la radio. También está en mi libro “*Cantando me defiando*”. Valeria es antropóloga, escritora y radica en Costa Rica

***El público grita,
la adrenalina sube,
el cuadrilátero iluminado
muestra a los dos contendientes.
Ambos se han preparado años
para el enfrentamiento:
el hambre, Harlem con su mugre
y desprecio los han hecho duros.***

***La muchedumbre se para,
esta por terminar la pelea,
los millones ruedan
todo el mundo mira el televisor.***



**En otro rincón de América,
más al sur
un batallón se enfrenta
a una mujer desnuda,
tirada en el suelo
la torturan, la golpean,
ella no puede ver a sus contrarios,
han encapuchado su rostro;
los únicos gritos que se oyen
son los de sus compañeros
en los cuartos de torturas.**

**Pierde la noción del tiempo
y el espacio,
cree que está en un manicomio
y grita por su libertad.
El televisor encendido
aplaca los ruidos.**

**El público al unísono da un brinco,
ha ganado el más pequeño
logró sobreponerse,
los reflectores iluminan al vencedor.**

**Los focos penetran la capucha
y aturden a la mujer;
su cuerpo brinca junto con el público
pero ella lo hace por las descargas eléctricas
han electrocutado sus sueños
pero nó el mañana.
También ha ganado la partida.**



POEMA DE MAURICIO REDOLÉS

MOTONAVE LEBU

*No lloré porque soy hombre
tu llorabas
al lado mío
en ese barco desnudo
acurrucado entre los colchones y las estrellas
a las 6 menos 5 empezaba el golpeteo
del cabo de turno
una tabla sobre el metal
esa noche tú llorabas
yo no lloraba
yo soy hombre*

*yo no lloro
pero esas lágrimas
fueron otros días
solo
en una ciudad europea sin nombre
me llamaron por mi nombre
no huevís dije yo*

*no lloro
en ese barco desnudo entre las estrellas
pero tú lloraste
quien pudiera volver en los años y llorar contigo
para estar limpios hoy
Como una tabla golpeteando el metal*



A LOS MACHUCADOS DEL LEBU, NAVEGANTES DEL MOLO

Parabién-Tonada

ULLI SIMÓN

Perdón, ciudad de Lebu en Arauco

porque te tendré que nombrar al hablarte de un barco.

*A éste barco vergüenza le pusieron tu nombre,
al "Lebu", su dueño con gusto lo puso a disposición
y al barco "Lebu" lo hicieron prisión flotante
el mes de septiembre del año setenta y tres.*

*Casi ochocientos fueron prisioneros,
eso lo dijeron la Cruz Roja Internacional.*

*Quince porotos al día, un vaso de agua. Con suerte unos veinte porotos,
tiempo sin agua y comida, muchos con daño sobrevivieron.*

*Uno de ellos fué mi padre, mi buen amigo, mi compañero,
seres dignos con ideales - vejados por marinos "jóvenes demonios".*

*Qué será de ellos también hoy día ? Los torturadores
Duermen bién ? Duermen mal ?*

*Allí yacían sobre el acero frío de las bodegas feas, feas y oscuras:
dieciocho metros para allá, dieciocho metros para acá,
obrero junto a doctor, estudiante, albañil y profesor.
dieciocho metros para allá, dieciocho metros para acá.*



**Más que recuerdos de la tortura y los interrogatorios
mi taita atesoró la profunda solidaridad
que experimentó – casi muerto – cuando más necesitó:
un poquito de agua, una galleta o un trocito de chocolate;
al mes, una manzana fué una verdadera fiesta.
Se acordó siempre y dió gracias – doctor Fischer y Velazco y Sotomayor,
el que le fajó la clavícula quebrada y las tres costillas.**

**Cuánto dolor, cuánto dolor !!
En otro momento triste al saber la muerte del amigo Sanguinetti.
Solidaridad, Solidaridad
fué la energía que a tantos le salvó la vida.**

**Sea éste un homenaje a los “machucados del Lebu”,
del “Maipo”, la “Esmeralda” y el “Andalién”.
Las prisiones flotantes de Valparaíso
a sus muertos y a los sobrevivientes. Sobrevivientes.**



Lebu 1 – Poema de Hugo Arellano

Motonave C.S.A.V. – 21 Sept 1973

*El Lebu pena en las aguas
de nuestro Puerto Mayor
Su destino eran los mares
ha terminado en prisión*

*Vientre obcecado de acero
costra de duro metal
El dolor no te enmohece
solo las aguas del mar*

*Gruesas espías de jarcia
te atan al malecón
Tu ancla clavada al fango
final de navegación*

*Estas inmóvil y yerto
sin bandera ni color
Tu dedo de mesana ausente
petrificado el timón*

*Hambre bajo cubierta
en tus férreas bodegas
Moribundos que agonizan
hacen gemir las cuadernas*

*Miles de brazos y piernas
miles de ojos y orejas
Centenares de corazones
no se rinden ni se doblegan*

*El Lebu pena en las aguas
de nuestro Puerto Mayor
Su destino eran los mares
ha terminado en prisión*

*Leporinos de la mente
ataviados de inconsciencia
Son parteros del suplicio
la inocencia no debe brotar*

*Torturan a sus padres
reniegan su procedencia
Estirpe de indeseables
gusanos de la bajeza*

*En la sentina del Lebu
la sangre vive y chorrea
Es sangre obrera, ¡carajos!
sangre de Arauco sin mezcla*

*Ancianos implorando agua
mujeres desgarradas
Los prisioneros del Lebu
jamás pidieron clemencia*

*Vendas por banderolas
en el triquete flamean
Jirones de camisetas
son la bandera del sufrir*

*No hay capitán en el puente
ni marinos en cubierta
Marinero de la guerra
han pisoteado tu honor*

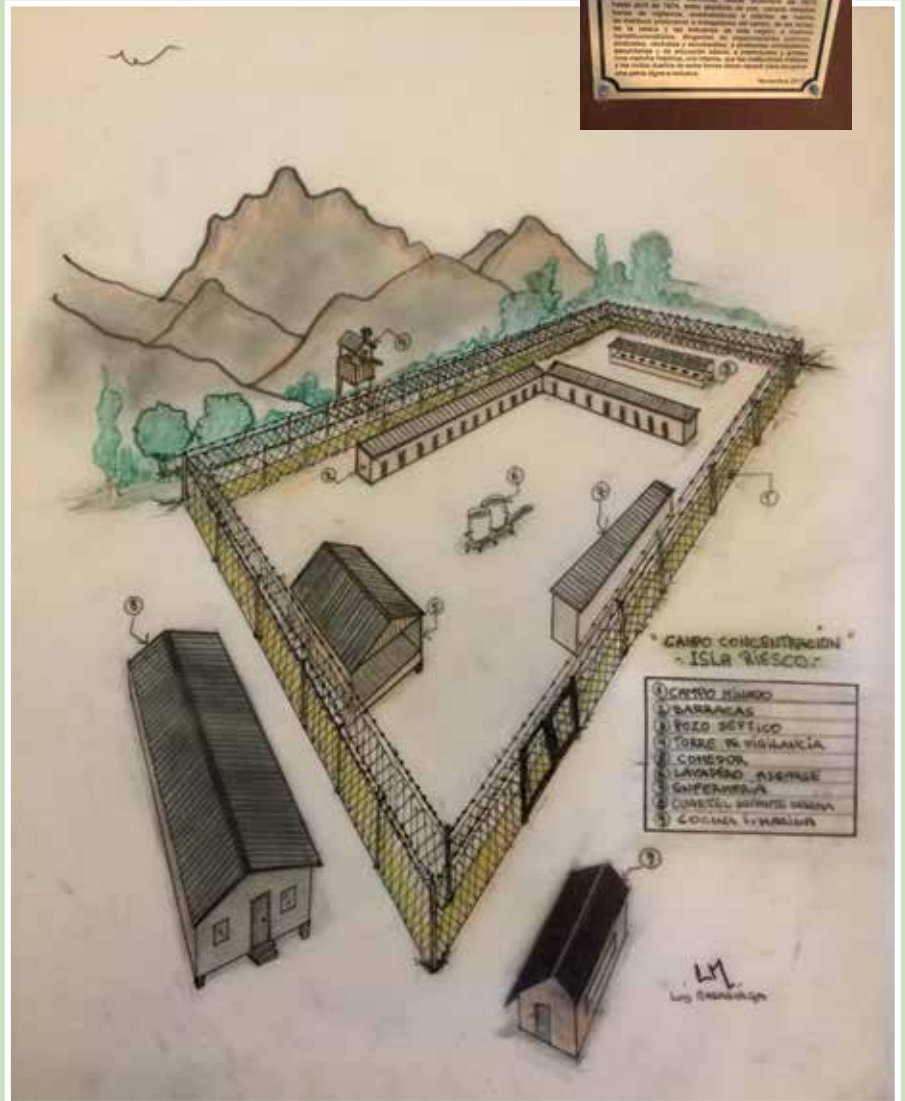
*Los sobrevivientes del Lebu
bajaron una tarde a tierra
Fuimos todos a otra prisión
amarrados por sentencias*

*Tú
partiste encadenado a España
en un viaje ya sin vuelta
Cubierto por la vergüenza
a morir en otras aguas*

*La sombra
del Lebu pena en la bahía
de nuestro Puerto Mayor
Su destino eran los mares
Ha terminado en prisión.*



ALBÚM FOTOGRÁFICO



Campo de concentración ISLA RIESCO, también llamado Melinka, ubicado en Colliguay.

Convenio de Ginebra relativo al trato debido a los prisioneros de guerra, 1949

Artículo 22 - Lugares y modalidades del internamiento

Los prisioneros de guerra no podrán ser internados más que en establecimientos situados en tierra firme y con todas las garantías de higiene y de salubridad; excepto en casos especiales justificados por el propio interés de los prisioneros, éstos no serán internados en penitenciarías. Los prisioneros de guerra internados en zonas malsanas o cuyo clima les sea perjudicial serán trasladados, lo antes posible a otro lugar donde el clima sea más favorable.

EL TRAYECTO DE LA MAQUETA LEBU



Bodega donde vivían los prisioneros



Ricardo Aravena (izq) y el maestro artesano "Puelche" (Mario Zamora) en plena labor.



Las figuras de marinos y prisioner@s del Lebu



Equipo de trabajo del Proyecto Lebu durante una de las tantas reuniones virtuales



Flor Muñoz y Priscilla Leniz, durante el Sexto Encuentro de Ex-Presos Políticos de Valparaíso realizado en el Parque Cultural.



En noviembre del 2014 los ex presos políticos de la ex Cárcel retornan a lo que hoy es llamado Parque Cultural de Valparaíso.



De izquierda a derecha: Guillermo Vergara (QEPD), Gilberto Hernández, Luis Madariaga, José (Pepe) Valle (QEPD) y Ricardo Alcaide (Parque Cultural 2017).



Día de funa frente al Museo Marítimo Nacional donde está el monumento al golpista Almirante Toribio Merino.



Francisco 'Pancho' Muñoz, José 'Pepe' Villablanca, Alvaro Vidal y Luis Madariaga (atrás Roberto Cárdenas) frente al monumento de las víctimas de Valparaíso.



José Lagos (ex Marino constitucionalista) con Patricio Carrasco.



Ex presos políticos en uno de Encuentros anuales de Expp de Valparaíso.



Edición de El Mercurio relatando la historia del "supuesto" motín de los presos políticos en la Cárcel de Valparaíso.



Primera fila: Jaime Salazar, sin identificar, Juan Segovia ("Tom Jones"), sin identificar y Luis Madariaga. Segunda fila atrás: Ricardo Aravena, Tomás Alonso, Guillermo Castillo, Sergio Fuentes, Humberto Oyarzo





Alvaro Vidal



Hugo Arellano y esposa.



Hugo Arellano entrevistando a Salvador Allende.



Mauricio Redolés.



Guillermo Pulgar y esposa.



Gilberto Carlos J. Suarez.

PALABRAS FINALES

Culmina una Jornada mayor, la que esperamos sea acogida con la intención inicial de continuar **HACIENDO MEMORIA**.

En fecha calendarizada salen a navegar estas palabras vía internet, boca a boca, comentarios escritos, va por regalo la publicación o por encargo del extranjero.

Nuestro trabajo tiene 7 meses de trayecto y fué posible materializarlo por un incondicional grupo de intransigentes solidarios de vida diaria-internacionalistas.

Nuestra recopilación nos llevó a viajar imaginariamente por Europa, Australia, Argentina, Costa Rica, Chile, etc. En esta búsqueda de datos, historias, nombres hubo todo tipo de encuentros virtuales, sorpresas.

El entusiasmo de alta empatía por nuestra querida **María Cristina Fuentealba** aportando literatura, fotos de centro reclusión Buen Pastor (cárcel femenina Valparaíso) fue mayor.

Alfio Ramella (sobrino de Guillermo Pulgar, ex PP Lebu-Colliguay) nos dió un empujón económico decisivo.

Quienes acceden hoy a estas lecturas, ordenamiento de entrevistas, fotografías, archivos y diagramación es responsabilidad del editor y diseñador gráfico **Gilberto Hernández** (Ex-PP Lebu, Colliguay, Chacabuco, Cárcel Valparaíso). Fué el primero en decirme "Sí, echémosle adelante, upa chalupa".

El **Luis Madariaga**, otro miembro de este equipo mayor de hacer cosas, él es un ex-PP de Cárcel Valpo, Colliguay, Chacabuco. En su mirada y línea de trabajo los armó en un tablero y luego los llevó a internet y nos entregó dos posters del Lebu (portada).

Un porfiado de consecuencia es **Alvaro Vidal**, con este viejo estamos haciendo propuestas artísticas desde Colliguay, siempre en sintonía, siempre con un "sí". A este cabro grande le pido arme canción-melodía del Lebu (materializada).

El **Pato Carrasco**, exPP del Silva Palma y Cárcel Valparaíso. Siempre tranquilo de sentirse partícipe en su perfil de aporte.

Todos los antes nombrados viven en el exterior y desde el patio nacional dos grandes sumatorias:

Ricardo Aravena, menor de edad y estudiante secundario en 1973, pasó por el Lebu, Colliguay y Cárcel porteña, ha generado un quehacer de aportes.

Antonio Oyarzo, residente involuntario de 11 lugares en dos años de presidio político, entre estos dos campos de concentración (Colliguay y Puchuncaví).

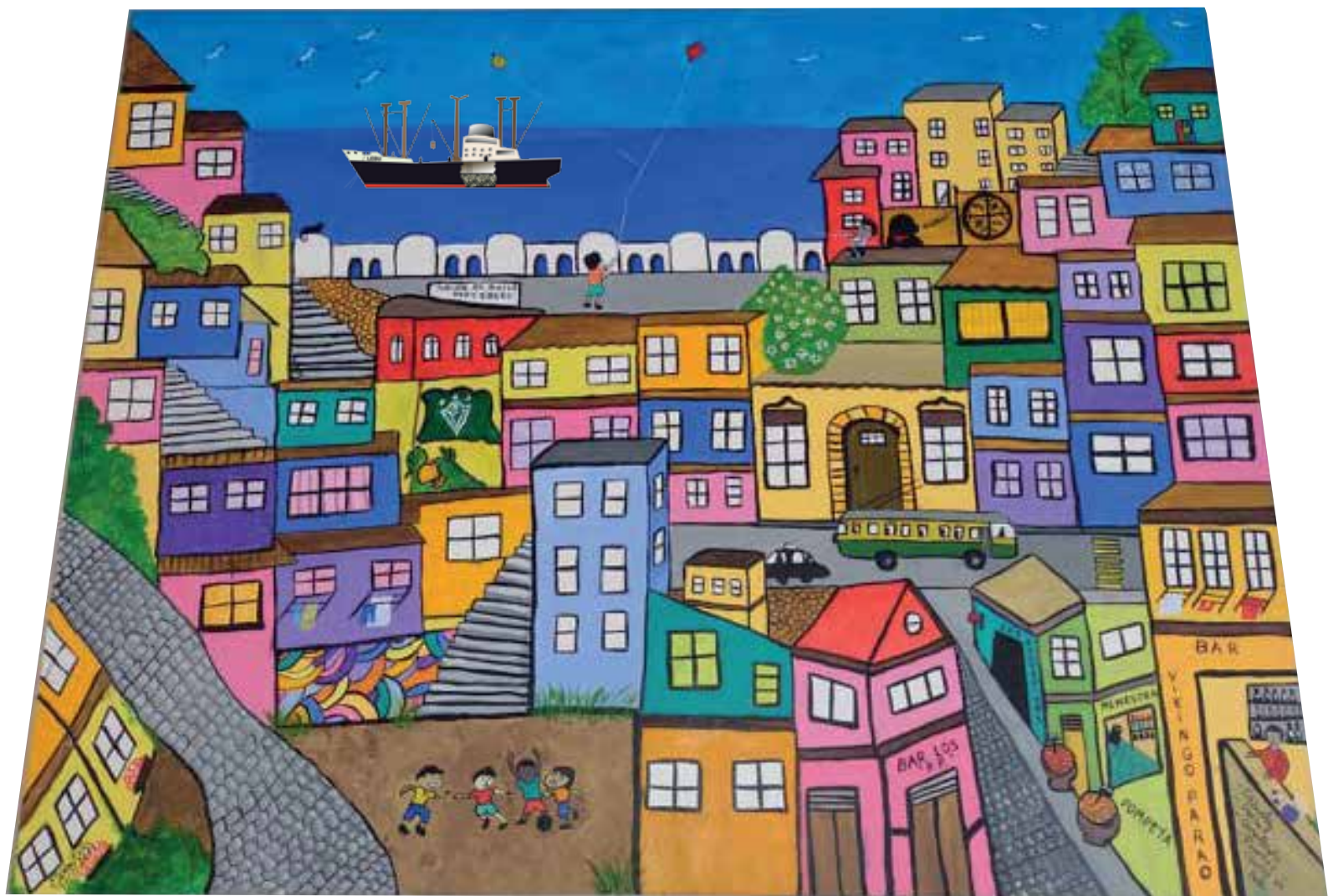


Curiosamente de los nombrados sólo Gilberto y Ricardo estuvieron en el Lebu. Sin embargo coincidimos en que la Memoria Histórica se construye en sumar, saber aportar, estar presentes en el lugar necesario.

Este proyecto que hoy presentamos a Uds tendrá residencia temporaria en la Ex Cárcel porteña (Valparaíso) ya que nuestra intención es que sea itinerante, recorriendo ciudades a lo largo de Chile y así pueda ser apreciado por ejemplo en el Museo de la Memoria en Santiago, Casas de Memorias, etc.

Queremos llegar a colegios, universidades, centros de difusión en nuestro peregrinar de obcecada denuncia, esto es haber construido RÉPLICA MAQUETA LEBU.

Antonio Oyarzo M.
Gestor Proyecto
Enero, 2021.



Y PARA TERMINAR

NOMBRES DE LOS RESPONSABLES DE TORTURAS DE LA ARMADA

Vicealmirante **Adolfo Walbaum Wieber**, Cdte. I Zona Naval

Vicealmirante **Pablo Weber Munnich**, Cdte. en Jefe de la Escuadra

Contraalmirante **Hugo Cabezas Videla**, Jefe E.M. de la Armada

Capitán de Navío (CN) **Sergio Huidobro Justiniano**,
Cdte. Cuerpo Infantería de Marina (IM) C.N. **Guillermo Aldoney Hansen**,
Jefe EM. I Zona Naval

C.N. **Marcos Ortiz Guttmann**, subjefe EM.Armada

C.N. **Carlos Borrowman Sanhueza**, director Escuela Naval Arturo Prat

C.N. **Raúl López Silva**, director Academia de Guerra Naval

C.N. **Homero Salinas Núñez**, director Escuela de Ingeniería Naval

C.N. **Arnt Arentsen Pettersen**, director Escuela del Cuerpo de IM

C.N. **Jorge Sabugo Silva**, Cdte. Buque Escuela Esmeralda

C.N. **Hernán Sepúlveda Gore**, Cdte. Destacamento IM "Miller" de Viña del Mar

C.N. **Cristián Sloraker Pozo**, Jefe EM de la Escuadra

C.N. **Oscar Horlscher**, Director Hospital Naval Almirante

Capitán de Fragata (CF) **Jorge Davanzo Cintolesi**, Director Escuela de Armamentos

CF. **Víctor Valverde Steinlen**, director Escuela de Operaciones Navales

CF. **Hernán Soto-Aguilar Cornejo**, subdirector Escuela Cuerpo IM

CF. **Jorge Valdés Romo**, subdirector Escuela Naval Arturo Prat

CF. **Patricio Villalobos**, Cdte. Base Aeronaval de El Belloto

CF. **Ernesto Huber Von Appen**, Cdte. Aviación Naval

CF. **Julio Vergara**, Jefe Servicio de Inteligencia Naval, I Zona Naval

Cte. Santa Cruz, IM, Cuartel Silva Palma, Valparaíso

Cap. Bunster, IM Fuerte Borgoño, Base Naval de Talcahuano,



Cap. Jaeger, IM Fuerte Borgoño, Base Naval de Talcahuano,
Cap. Koeller, IM Fuerte Borgoño, Base Naval de Talcahuano,
Cap. Acuña, IM, Fuerte Borgovo, Base Naval de Talcahuano,
Tte. Federico Stigman, Servicio Inteligencia Naval
Tte. Luna, IM Fuerte Borgoño, Base Naval de Talcahuano,
Tte. Tapia, IM Fuerte Borgoño, Base Naval de Talcahuano,
Tte. Maldonado, IM Fuerte Borgovo, Base Naval de Talcahuano,
Tte. Alarcón, IM Fuerte Borgoño, Base Naval de Talcahuano,
Tte. Letelier, IM Fuerte Borgoño, Base Naval de Talcahuano,
Tte. Boetsch, IM Fuerte Borgoño, Base Naval de Talcahuano,
Tte. Schuster, IM Fuerte Borgoño, Base Naval de Talcahuano,
Tte. Rodríguez, IM, Buque Escuela Esmeralda
Tte. Juan González, IM, Campo de Concentración de Isla Riesco
Suboficial Aguayo, IM, Campo de Concentración de Isla Riesco
Cabo Soto, IM, Campo de Concentración de Isla Riesco
Cabo Bustos, IM, Campo de Concentración de Isla Riesco

PERSONAL IDENTIFICADO DE SU PARTICIPACIÓN EN EL LEBU

Teniente Luis Rebolledo, (Infantería de Marina; Motonave Lebu);
Teniente Guillermo Morera, (Infantería de Marina; Motonave Lebu);
Teniente Rafael Yussef, (Infantería de Marina; Motonave Lebu);
Doctor Muñoz, (urólogo, ex Hospital Deformes);
Sacerdote de apellido García (Sagrados Corazones).
Un teniente de apellido Pérez (Carabineros);
Ricardo Claro Valdés, (propietario de Cía Sudamericana de Vapores;
ex-agente DINA y financiador de la DINA)



Nuestros agradecimientos a las siguientes organizaciones que han contribuido de una u otra forma al éxito de este proyecto

Unidad de Cultura, Memoria y Derechos Humanos.
Subsecretaría de las Culturas, las Artes y el Patrimonio.



